

Obra protegida por derechos de autor
HARLEQUIN Deseo
El fuego de la pasión
Brenda Jackson
Obra protegida por derechos de autor

Olivia Jeffries estaba deseando darle algo de emoción a su vida, y la oportunidad se le presentó cuando conoció a un apuesto desconocido en un baile de máscaras. La atracción fue instantánea y, la química entre ellos, muy intensa

Pero unos días más tarde descubrió que su nuevo amante no era otro que Reginald Westmoreland, el rival más odiado de su padre. Intentó resistirse a él, pero Reggie fue insistente. No dejaría que nada, ni siquiera el chantaje, impidiese que Olivia volviese a su cama.¡Aquello sí que era dormir con el enemigo!

Brenda Jackson

El fuego de la pasión

Westmoreland - 15

LDS 1.0

Título original: *Tall, Dark… Westmoreland*
Brenda Jackson
Serie:Westmoreland 15
LDS 0.1

Capítulo Uno

Tenía que haber otra manera de divertirse, pensó Olivia Jeffries mientras miraba a su alrededor en la Fiesta de Máscaras del Cuerpo de Bomberos, un acto benéfico que se organizaba todos los años en Atlanta. Ya podía prepararse para una noche aburrida.

No hubiese estado tan mal si no hubiese sido porque había llegado el día anterior de París, después de que su padre le pidiese que volviese a casa.

Para volver a Atlanta había tenido que pedir una excedencia de su trabajo como conservadora de arte en el museo del Louvre, pero cuando Orín Jeffries la había llamado, no había dudado en acudir. Al fin y al cabo, era el mejor padre del mundo.

Su padre había querido que volviese a casa después de decidir que iba a presentarse a senador, ya que pensaba que era importante que ella estuviese presente en el primer acto que se celebraría para recoger fondos y durante toda la campaña. Orín tendría que acudir a muchos eventos y no quería hacerlo con ninguna amiga.

Olivia sacudió la cabeza y sonrió. Su padre, que estaba divorciado, no tenía ningún interés en volverse a casar. Salía con mujeres de vez en cuando, pero no mantenía relaciones serias. A ella le parecía que era una pena, sólo tenía cincuenta y seis años y seguía siendo un hombre guapo. Su ex mujer, la madre de Orín, le había dejado muy mal sabor de boca veinticuatro años antes.

Los dos hermanos mayores de Olivia, Duan, que tenía treinta y seis años, y Terrence, de treinta y cuatro, eran tan guapos como su padre. Y el matrimonio no les interesaba lo más mínimo. En cierto modo, ella también seguía los pasos de su padre, tampoco intentaba encontrar marido.

Así que eran los desinhibidos Jeffries, aunque ella no estaba precisamente desinhibida en aquella fiesta. La mayoría de la gente que había allí parecía estar deseando marcharse también.

La persona a la que se le hubiese ocurrido organizar un baile de máscaras debía de estar chalada.

Al menos, la comida era buena. Lo primero que le había dicho su padre nada más verla en el aeropuerto era que estaba demasiado delgada, así que se acercó a la mesa en la que estaba el bufé y esperó poder marcharse pronto.

***

Reginald Westmoreland observó a la mujer cruzar el salón y acercarse a la mesa en la que estaba la comida. Llevaba más de veinte minutos mirándola, intentando averiguar quién era. A pesar de las máscaras, había reconocido a la mayoría de las mujeres que estaban en la fiesta de aquella noche. Y si las conocía era porque, durante años, había estado inmerso en la ciencia de la «labiología». En otras palabras, lo primero en lo que se fijaba en una mujer era siempre en los labios.

También había otras cosas que le llamaban la atención de las mujeres, como la altura. Y aquella era muy alta. Además, le sorprendió que le sentase tan bien aquel vestido tan elegante, negro y plateado. Se había fijado en que varios hombres se habían acercado a ella, que no había querido bailar con ninguno. Así que le pareció que podía ser un reto.

— ¿Qué tal va la campaña, Reggie?

Reginald, al que su familia llamaba Reggie, se giró hacia su hermano, Jared Westmoreland, abogado especializado en divorcios y que la semana anterior había ganado un caso para un conocido actor de Hollywood.

—Empieza de manera oficial el lunes, pero dado que Jeffries ha decidido participar en la contienda, las cosas se han puesto bastante interesantes —dijo, refiriéndose al que iba a ser su contrincante—. Brent es un buen director de campaña, pero aun así va a estar muy reñido. Jeffries es un hombre conocido, y querido.

—Bueno, si necesitas ayuda, házmelo saber, aunque no sé cuánto tiempo podré dedicarte, ahora que Dana está embarazada.

Reggie puso los ojos en blanco. Jared se había enterado el mes anterior de que iba a ser padre.

—Es Dana la que lleva al bebé dentro, no tú —comentó.

—Ya lo sé, pero soy yo quien tiene náuseas por las mañanas, y antojos. Hasta ahora, no me gustaban los pepinillos en vinagre.

Reggie no pudo evitar sonreír.

—A mí me parece que tienes un problema personal —dijo, y apartó la atención de su hermano para volver a fijarla en la mujer a la que había estado observando un poco antes, que acababa de sentarse a una mesa.

—Me pregunto quién será —musitó.

Jared siguió su mirada y rió.

—¿Qué pasa? ¿Todavía no has reconocido sus labios?

El frunció el ceño.

—No, es nueva. Estoy seguro de que no la conozco.

—En ese caso, sólo tienes que acercarte y presentarte.

Reggie sonrió.

—Ahora sé por qué dicen que eres el abogado más perspicaz de Atlanta.

***

— ¿No sabes que no es bueno estar sentada sola en una fiesta?

Olivia volvió la cabeza al oír una voz profunda y masculina y vio a un hombre alto y guapo. Como todo el mundo, llevaba una máscara, pero a pesar de ello, era evidente que era muy atractivo.

En primer lugar, tenía la piel perfecta, suave, y del color del sirope de arce. La barbilla angulosa y unos labios muy sensuales que le estaban sonriendo.

—En ese caso, será mejor que me hagas compañía contestó ella mientras intentaba recordar la última vez que le había impresionado tanto un hombre.

Tal y como iba la noche, era mejor darle un poco de emoción, y el resto de hombres que se le habían acercado no le habían despertado ninguna curiosidad. No obstante, aquél era diferente.

—Encantado —contestó el, sentándose a su lado sin dejar de mirarla a los ojos.

Olivia olió inmediatamente su colonia. Una colonia cara. Miró enseguida sus manos. No llevaba alianza. Volvió a su rostro y se lo encontró sonriendo, tenía los dientes muy blancos, bonitos.

—Veo que estás pasándotelo bien —le dijo mientras le daba un

trago a la copa de ponche y deseaba tener entre las manos algo más fuerte.

Fuese quien fuese aquel hombre, merecía la pena conocerlo, aunque fuese a volver a París unos meses más tarde. Eso facilitaba las cosas. Había tardado dos años en conseguir trabajar a tiempo completo en el Louvre, y acababa de empezar con el trabajo duro de verdad. Cuando volviese, trabajaría muchas horas y no le quedaría mucho tiempo para pintar lo que le apeteciese. Por eso se había llevado sus pinturas a Atlanta. Estaba decidida a hacer algo de provecho mientras estaba allí, y el hombre que tenía a su lado podía ser el tema perfecto.

—Halagado, más que divertido —contestó el muy despacio.

Olivia siguió con la mirada el sensual movimiento de sus labios y no pudo evitar preguntarse quién sería. Hacía mucho tiempo que se había marchado de Atlanta y ya no conocía a casi nadie.

Aquel hombre debía de tener más o menos la edad de su hermano Terrence, o un año menos. Olivia se preguntó si le diría su nombre real, o si seguiría el tonto juego que se habían inventado los organizadores del baile, consistente en poner a cada persona el nombre de un personaje de ficción. El de él era Jack Sprat. Vestía un esmoquin que no ocultaba unos hombros anchos y un pecho musculoso. Era evidente que no estaba gordo.

—Bueno, Jack, ¿qué está haciendo un tipo como tú en una fiesta tan aburrida como ésta? —le preguntó.

El rió, y a Olivia se le puso la carne de gallina.

—Estaba esperando a conocerte para empezar a divertirme —miró el nombre que ponía en su tarjeta—. Mujer Maravilla.

Ella decidió que le gustaba.

—Pues a mí me gustaría estar en otra parte, pero le prometí a la persona que me ha pagado la entrada que vendría. Y dado que es para una obra benéfica, para una buena causa, he tenido que hacer al menos acto de presencia.

—Y yo me alegro de ello —dijo Reggie con toda sinceridad.

Aquella mujer tenía unos labios muy bonitos, generosos, bien formados. Y cubiertos sólo por un brillo rosado que era perfecto, ya que no restaba protagonismo a su forma.

—Y yo me alegro de conocerte —dijo ella tendiéndole la mano.

El sonrió.

—Igualmente.

En el momento en que sus manos se tocaron, ambos sintieron algo especial, y Reggie no pudo soltarla. Aquello le hizo sentir incómodo, ninguna mujer solía afectarle así.

— ¿Eres de Atlanta? —le preguntó ella con voz aterciopelada, volviendo a llamar su atención.

—Sí, nací y crecí aquí —contestó él, soltándole por fin la mano —, ¿Y tú?

—También. ¿Cómo es que no nos conocemos?

El sonrió.

— ¿Cómo sabes que no nos conocemos?

Ella rió.

—Porque te recordaría. No eres del tipo de hombre que las mujeres olvidan con facilidad.

—Eh, eso iba a decírtelo yo a ti. Me has robado la frase —bromeó el.

—Te la devolveré si me sacas de aquí.

El se quedó callado un minuto, sólo estudiando su rostro. Entonces, le preguntó:

— ¿Estás segura de que quieres marcharte de aquí conmigo?

— ¿Estás tú seguro de que quieres llevarme?

Reggie no pudo evitar reír a carcajadas, miró al otro lado del salón y vio que su hermano Jared lo observaba. Tenía cinco hermanos, pero Jared y el eran los únicos que seguían viviendo en Atlanta. También tenía un montón de primos en la ciudad. Daba la sensación de que los Westmoreland estaban en todas partes, aunque esa noche sólo estuviesen ellos dos en la fiesta.

Y se alegraba de ello. Él era el más joven de todos los Westmoreland de Atlanta y sus hermanos y primos seguían tratándolo como al pequeño de la familia, a pesar de ser el más alto.

—Sí, nos iremos de aquí enseguida, guapa. Te llevaría al fin del mundo si quisieras.

Y lo decía de verdad.

Ella asintió, pero él supo que debía de estar pensando acerca de cómo irse con él sin correr ningún riesgo.

—Tengo una idea —añadió Reggie, al ver que ella no decía nada.

— ¿Cuál?

El buscó en el bolsillo de su chaqueta el teléfono móvil y se lo tendió.

—Envíale un mensaje a alguien y dile que se quede con mi número. Dile que lo llamarás por la mañana, para confirmar que estás bien, y que entonces podrá borrar mi número.

A Olivia le pareció buena idea, pero no supo a quién mandarle el número. Ninguna de sus amigas seguía viviendo allí. No podía escribir a su padre, así que pensó en sus hermanos. Duan estaba mera de la ciudad, era detective privado y viajaba con frecuencia, y Terrence vivía en Florida Keys. A pesar de tener buena relación con ambos, Terrence era más comprensivo con ella, mientras que a Duan le gustaba más hacer de hermano mayor.

Decidió enviárselo al primero.

—De acuerdo —dijo, aceptando el teléfono.

Le escribió un mensaje en el que 1e pedía que borrase aquel número cuando ella volviese a llamarlo por la mañana. Después, le devolvió el teléfono.

— ¿Mejor? —preguntó Reggie.

—Sí —contestó ella, mirándolo a los ojos.

— ¿Quieres ir a algún sitio en particular?

El sitio más seguro sería su casa, pero no podía llevarlo allí, ya que estaba su padre, preparando un discurso que tenía que dar el lunes.

—No, pero hace mucho que no voy a Stone Mountain.

—Pues vamos.

—Tendremos que ir en coches separados —añadió Olivia enseguida, que había empezado a ponerse nerviosa.

Era la primera vez en su vida que hacía algo semejante, pero no podía evitar preguntarse cómo sería estar entre los brazos de aquel hombre, pasar la mano por su fuerte barbilla, probar aquellos labios y respirar su masculino olor.

—Está bien —accedió Reggie—. Ve tú delante, yo te seguiré.

—No nos quitaremos las máscaras, ni diremos nuestros nombres.

—De acuerdo —dijo él después de estudiar su rostro un momento más.

Olivia suspiró. Su padre era un hombre muy conocido en la ciudad y las elecciones tendrían lugar sólo un par de meses más tarde, no quería hacer nada que pudiese perjudicarle, como ser la

protagonista de un escándalo y aparecer en los periódicos.

—Está bien, vamos —dijo, poniéndose en pie y deseando no estar cometiendo un error.

Mientras iban hacia la salida él la rozó sin querer y Olivia tuvo la sensación de que lo que pasase aquella noche entre ambos sólo podía ser algo bueno.

***

Como norma, Reggie no tenía aventuras de una noche. No obstante, con aquella mujer podía hacer una excepción. El coche al que estaba siguiendo era de alquiler, así que no le daba ninguna pista acerca de su identidad. Sólo sabía que era alguien que quería disfrutar de esa noche, y él iba a asegurarse de no decepcionarla.

Le había dicho que quería ir a Stone Mountain, pero no si quería que estuviesen a solas desde el principio o si prefería ir antes a algún bar a tomar algo, aunque le daba la sensación de que prefería más bien lo primero. ¿Por qué? ¿Sería una mujer tan conocida como él? Quien no lo conociese todavía, empezaría a hacerlo a partir del lunes, cuando toda la ciudad se llenase de carteles con su rostro.

Se detuvo en un semáforo y justo en ese momento sonó su teléfono móvil.

— ¿Dígame?

— ¿Dónde estás?

Reggie rió.

—No te preocupes por mí, Jared. Siento no haberte dicho que me marchaba.

—La mujer con la que estabas hace un rato también ha desaparecido. ¿Se trata de una coincidencia?

—No lo sé. Dímelo tú.

— ¿Estás seguro de lo que estás haciendo, Reggie?

—Sí, estoy seguro, y no quiero sermones.

—Adiós —gruñó su hermano antes de colgar.

Reggie volvió a poner el coche en movimiento y pensó en lo mucho que cambiaría su vida cuando comenzase la campaña. Tendría que dar discursos, conceder entrevistas, aparecer en televisión, dar besos a bebes y hacer muchas cosas más. Sería el primer Westmoreland en entrar en política y esa no había sido una

decisión fácil de tomar. No obstante, Atlanta estaba creciendo a pasos agigantados y él quería aportar algo a la ciudad que tanto le había dado.

Al contrario que sus hermanos, que se habían ido a estudiar fuera, él se había quedado allí, en la universidad de Morehouse, y nunca se había arrepentido de ello. Sonrió al pensar en los viejos tiempos, cuando todavía era estudiante y después, cuando había creado su propia gestoría. Por aquel entonces su mejor amiga había sido su prima Delanay. Sólo se llevaban unos meses y siempre habían tenido muy buena relación. De hecho, él la había ayudado en muchas ocasiones a burlar a sus cinco hermanos varones para poder tener algo de vida privada. Le había prestado la cabaña que tenía en la montaña para poder descansar y relajarse, sin decirle a Daré, Thorn, Stone, Chase o Storm dónde estaba. Más tarde, Delanay había conocido a un jeque y se había enamorado de él allí, en su cabaña.

Reggie volvió a centrar la atención en el coche que tenía delante al ver que parpadeaba el intermitente izquierdo y que el vehículo entraba en el aparcamiento del lujoso hotel Saxon. Buena elección, aunque dado que llevaban máscaras, no sabía si conseguirían una habitación. Entonces se le ocurrió una idea, sacó el teléfono móvil de su bolsillo y marcó un número.

— ¿Dígame?

Reggie oyó a varios niños llorar al otro lado del teléfono.

—Soy Reggie. ¿Qué les estás haciendo a mis sobrinos?

Su hermano Quade rió.

—Es la hora del baño. ¿Qué pasa? Creo que tengo que felicitarte, mamá me ha dicho que has decidido presentarte a senador. Buena suerte.

—Gracias. Necesito que me hagas un favor, Quade.

— ¿Qué tipo de favor?

—Necesito una habitación en el hotel Saxon, aquí en Atlanta, para esta noche, y sé que Dominic Saxon es tu cuñado.

— ¿Y?

—Que quiero que me la reserves lo antes posible. Con toda discreción, y que me envíen a mí la factura.

— ¿Estás seguro?

El sacudió la cabeza, Jared le había preguntado lo mismo.

—Sí, Quade, estoy seguro. Y no quiero que me des ninguna charla, sobre todo, teniendo en cuenta cómo fueron concebidos mis sobrinos.

—Vete al infierno, Reggie.

El sonrió.

—No hables así delante de los niños, Quade. Además, me iré al infierno si quieres, pero después de pasar una noche en el cielo. Así que ayúdame, Quade. Te devolveré el favor, si quieres, me quedaré un día cuidando de los niños.

—Vaya, debe de ser una mujer impresionante.

Reggie pensó en sus labios, que tan desesperadamente quería probar.

—Lo es.

—Veré lo que puedo hacer.

Y ambos colgaron el teléfono.

Seguro de que Quade le solucionaría el problema, observó cómo aparcaba la Mujer Maravilla y puso el coche al lado del suyo. Apagó el motor y salió del coche, mirando a su alrededor para asegurarse de que no había nadie.

Fue hacia el lado del conductor y la vio bajar la ventanilla.

—Lo siento, pero me temo que no había pensado en qué hacer de aquí en adelante —confesó rila.

El se inclinó y sonrió.

—No te preocupes. Esta noche terminará como nosotros queramos —dijo él, pensando que sí Quade no lo ayudaba, le mataría—. He hecho una llamada, sólo tenemos que esperar unos minutos, hasta que me la devuelvan para decirme que todo está arreglado.

Oliva observó al hombre que había apostado al lado de su coche y notó un cosquilleo en el estómago. No podía evitar preguntarse quién era y cuáles eran sus contactos para conseguir que le reservasen una habitación en aquel hotel.

Una parte de su cerebro le estaba gritando que estaba haciendo una locura, que era una irresponsable.

Pero otra parte, la más atrevida y salvaje, la animaba a continuar. «Adelante, Libby. Diviértete. Vive un poco. Hace casi dos años que no has tenido ninguna relación seria con un hombre. Has estado demasiado ocupada. Te mereces un poco de diversión. Sólo

tienes que tomar ciertas precauciones».

Por el momento, no corría ningún riesgo. Terrence tenía el número de teléfono de aquel hombre, y el hotel era un lugar muy respetable. Y era ella quien lo había elegido. No obstante, se sentía un poco tonta, los dos con las máscaras puestas.

—¿;Cuál es tu color favorito? —le preguntó él, que se había dado cuenta de lo tensa que estaba.

—El azul lavanda —contestó, sin poder evitar sonreír—. ¿Y el tuyo?

—El color carne.

—Ese no es un color.

—Depende de quién sea la propietaria de la carne —contestó él muy despacio, mirándola a los labios.

Ella sintió la intensidad de su mirada como una suave caricia y tuvo la necesidad de humedecerse los labios con la lengua.

—Ojala no hubieses hecho eso —susurró el acercándose más.

— ¿El qué?

—Probar tus propios labios. A mí también me gustaría hacerlo. Me muero por hacerlo.

— ¿Y qué te lo impide?

Aquél era un desafío en toda regla, así que se acercó más. Iba a besarla cuando le sonó el teléfono.

Maldijo en silencio y se incorporó.

Olivia respiró profundamente y escuchó la conversación.

—Gracias, tío —dijo él sonriendo de oreja a oreja—. Te debo una —luego, colgó y la miró—. Ya está todo arreglado. Tenemos la habitación mil seiscientos treinta y dos reservada. ¿Estás lista?

Ella resopló. Quería decirle que no, que no estaba preparada. Quería preguntarle cómo había conseguido que le diesen una habitación con sólo una llamada de teléfono. Quería saber quién era, y cómo era capaz de hacerla sentir así. Cómo era posible que le hiciese correr tantos riesgos, cuando ella no era nada impulsiva, o al menos no lo había sido hasta esa noche.

Lo miró a los ojos y supo que ya estaba hecho. Cuando saliese del coche para entrar con él en el hotel, habría empezado su noche juntos. ¿Era eso lo que quería?

Volvió a tomar aire y asintió.

—Sí, estoy preparada.

Él le abrió la puerta del coche.

—Ve tú delante, toma los ascensores que hay a la derecha de la recepción, es el piso dieciséis, yo te seguiré en unos minutos.

—De acuerdo.

Reggie observó cómo se colgaba el bolso del hombro y cruzaba el aparcamiento con elegancia. No pudo evitar admirar lo bien que le sentaba el vestido, y las piernas tan largas y bonitas que tenía. Las imaginó abrazadas a su cuerpo mientras hacían el amor.

En ese momento la vio detenerse y le dio un vuelco el corazón. ¿Habría cambiado de idea? Entonces vio que se quitaba la máscara y suspiró aliviado. Se preguntó si se daría la vuelta para que él 1c viese la cara, pero vio que volvía a echar a andar sin hacerlo. Y le dio la sensación de que así sería como transcurriría la noche, sin que ninguno de los dos revelase su identidad.

No le cabía la menor duda de que jamás olvidaría aquella noche.

Capítulo Dos

Olivia dio gracias de que nadie pareciese fijarse en ella mientras atravesaba el enorme vestíbulo del hotel Saxon. Siempre había soñado con pasar una noche allí, era uno de los hoteles más elegantes del país.

Entró en el ascensor y volvió a preguntarse quién sería el hombre que se escondía detrás de aquella máscara.

Salió del ascensor y caminó por el pasillo fijándose en la decoración, habría apostado un mes de su salario en el Louvre a que los cuadros eran auténticos, de Audubon. No podía imaginarse cómo serían las habitaciones, si los pasillos estaban tan bien cuidados.

No sabía qué pensaría su acompañante del lugar que había elegido para que pasasen la noche juntos, en cualquier caso, pagaría ella la cuenta, dado que había tomado ella la decisión.

Un momento después estaba delante de la habitación 1632. No tenía llave, así que dio por hecho que la puerta estaría abierta. Sólo había una manera de averiguarlo. Giró el pomo y sonrió al comprobar que estaba en lo cierto. Abrió la puerta muy despacio y entró. Volvió a cerrar tras de ella y miró a su alrededor, con los ojos como platos. Parecía un ático. No había esperado tanto lujo, ni siquiera estaba segura de poder pagarlo. Había imaginado una habitación normal y corriente, que entrase en su presupuesto.

Cobraba bien, y le encantaba París, pero tenía la intención de volver a los Estados Unidos en un par de años y abrir una galería de arte, y para eso hacía falta dinero. Su padre y hermanos le habían prometido invertir en el negocio, pero ella pensaba que era su responsabilidad ahorrar la mayor parte del dinero. Aquella habitación iba a costarle una pequeña fortuna y se preguntó si

merecería la pena.

Fue al otro lado de la habitación, atraída por los elegantes muebles. Había estado en hoteles buenos antes, pero los Saxon eran arrebatadores. Además de la elegancia y el lujo, disponían de un servicio personalizado, de una carta exquisita y de otras comodidades de las que, hasta entonces, Olivia sólo había oído hablar.

Entró en el dormitorio. La cama era enorme, elegante, y tenía una colcha muy suave en la que daban ganas perderse. En medio de ella había una rosa roja. Muy romántico.

El baño, que estaba en la habitación, también era increíble, muy espacioso, para dos personas, con un gran jacuzzi en el medio.

Nerviosa, salió del baño y volvió a la habitación. Se sentó en el borde de la cama.

Cuando era más joven, siempre le habían dicho que era una niña mimada, y lo había sido en ciertos aspectos. Ser la única chica de la casa tenía sus ventajas. Sólo tenía tres años cuando su madre había dejado a su padre para irse con un hombre casado y romper, así, dos familias. Olivia siempre admiraría a su padre, que había hecho todo lo posible por mantener a la familia unida. Había trabajado muy duro y muchas horas como abogado, pero nunca había dejado de acudir a sus recitales de piano, ni a los partidos que jugaban sus hermanos.

A ella le había venido bien marcharse a estudiar fuera. En contra de los deseos de su padre y de sus hermanos, había terminado sus estudios sin aceptar que le pagasen nada. Había visto la necesidad de aprender a enfrentarse sola al mundo.

Y lo había hecho.

Se miró el reloj. Lo más probable era que Jack Sprat estuviese subiendo a la habitación, así que no era el momento de ponerse nerviosa. Los dos habían querido pasar la noche juntos. Entonces, ¿por qué tenía ganas de salir corriendo? ¿Por qué sentía aquel cosquilleo en el estómago y tenía la piel de gallina?

Se puso de pie y empezó a ir de un lado a otro. El llegaría en cualquier momento, así que se detuvo y volvió a colocarse la máscara. Se sintió tonta y misteriosa al mismo tiempo.

Volvió a mirarse el reloj. Le entró calor sólo de pensar en lo que ocurriría cuando el llegase. Era evidente que estaba completamente

fascinada con aquel extraño. Si alguien le hubiese dicho que menos de cuarenta y ocho horas después de haber vuelto a Atlanta iba a tener una aventura, no se lo habría creído. Solía ser muy conservadora.

Contuvo la respiración cuando creyó oír pisadas en el pasillo. Un escalofrío le recorrió toda la espalda y supo que estaba allí.

Reggie atravesó el pasillo sumido en sus pensamientos. Había personas que tenían aventuras para pasar el rato, o para sentirse necesitadas. El no era unas de ellas y, por algún motivo, sabía que la mujer que lo esperaba en aquella habitación, tampoco. Tenía que admitir que había tenido alguna aventura durante sus años de estudiante, pero en esos momentos era un profesional, dueño de una importante gestoría y acababa de entrar en política, así que solía escoger a sus compañeras de cama con mucho cuidado. Tampoco había tenido ninguna relación larga desde hacía bastante tiempo.

Su familia no se cansaba de recordarle que era el último Westmoreland soltero de Atlanta, aunque a él no le preocupase. Para él, encontrar una pareja y casarse no era una prioridad. Su contrincante político, Orín Jeffries, estaba divorciado desde hacía mucho tiempo y tampoco parecía tener planes de volver a casarse.

Llegó a la puerta de la habitación 1632, se detuvo sólo un segundo, la abrió y volvió a detenerse al acordarse de su máscara. Miró a ambos lados del pasillo para asegurarse de que estaba solo, tomó aire y se la puso.

Nada más entrar en la habitación sus ojos miraron directamente a los de Olivia y ella se sintió como si fuese su posesión. Algo imposible, dado que ni siquiera sabía quién era. Lo único que sabía de ella era que lo deseaba tanto como él a ella.

Sin mediar palabra, atravesó la habitación y la tomó en sus brazos.

La besó.

No tenían nada más que decirse, y ambos lo sabían. Y cuando su boca la tocó, con suavidad al principio y con ansias de devorarla después, Olivia gimió. Y aquel gemido fue su aceptación, de él y de aquella noche juntos.

Aquello era química sexual, a su máxima potencia. El era todo pasión, y ella le respondía del mismo modo. Lo besó, no con tanta experiencia como parecía tener él, pero con un hambre que tenía que ser saciado, satisfecho y explorado.

El beso se intensificó y los dos supieron que no sería suficiente para aplacar el deseo que sentían el uno por el otro.

El se apartó a regañadientes y sonrió.

—Esta noche vale todo —le susurró suavemente contra los labios—. Jamás habría imaginado algo así.

«Yo tampoco», pensó Olivia. Las máscaras eran una tontería, pero tenían su fin, igual que los falsos nombres. Con ellos, podían hacer lo que quisieran, sin inhibiciones, sin tener que pensar en las consecuencias. Si sus caminos tenían que volver a cruzarse después de aquella noche, no se reconocerían, no tendrían nada que recriminarse, ni que negar. Lo que ocurriese esa noche en aquella habitación de hotel, se quedaría allí.

Reggie estudió a Olivia mientras recuperaba la respiración y el sentido común. Besarla, probar sus labios, había sido como una obsesión desde que la había visto. La forma, la textura y el contorno de su boca lo provocaban. Algunos hombres se fijaban en los pechos de las mujeres, otros, en el trasero. El se fijaba en los labios. Y se volvía loco sólo de pensar en todas las cosas que podría hacer con ellos.

Entonces perdió el control, se inclinó y volvió a besarla. Mientras su lengua jugaba con la de ella, notó cómo se empezaba a relajar en sus brazos. Sintió cómo los subía hasta su cuello y cómo sus femeninas curvas se apretaban contra su cuerpo, que encajaba a la perfección con el de él.

Bajó la mano que tenía en su espalda hasta llegar a la curva de su trasero, que era firme y blando al mismo tiempo. Y pensó que tenía que quitarle el vestido.

Apartó los labios de los de ella y la tomó en brazos, la vio sorprenderse y sonrió, y ella le devolvió la sonrisa. Y así, fueron hasta el dormitorio.

En vez de dejarla en la cama, la llevó hasta el confidente y se sentó en el con ella en su regazo.

Al agacharse, notó que se le agarraba a la solapa de la chaqueta.

—Confía en mí —le dijo—. No voy a dejarte caer —notó que lo

estudiaba con la mirada y le preguntó—: ¿Te gusta lo que ves?

Ella sonrió.

—Sí, tienes una mandíbula muy angulosa, que habla de fuerza y de sinceridad. Y de determinación.

Reggie arqueó una ceja y se preguntó cómo podía la Mujer Maravilla adivinar aquello viéndole sólo la mandíbula, pero dejó de hacerse preguntas cuando ella levantó un dedo y la recorrió con él, fascinada.

—Es rígida, pero no autoritaria. Firme, pero no dominante — sonrió—. Aunque veo algunas líneas de arrogancia.

El se quedó allí sentado, no quería precipitarse, quería darle tiempo a ella a recuperarse de sus besos. No tenía prisa por hacerle el amor. Por algún motivo, quería más, sentía que ambos se merecían más. No era de los que hablaban por hablar, aunque había pretendido intentarlo antes de que sus caricias le hiciesen desear acariciarla también. Le resultaba imposible no desnudarla y proporcionarle el placer que los dos deseaban. Entonces se dio cuenta de que el motivo por el que estaba allí con ella no tenía nada que ver con la lujuria. Había pasado meses sin meterse en la cama con ninguna mujer. Lo que le había atraído de esa mujer era su sensualidad y el deseo de conectar con ella de manera muy íntima. Sólo con ella.

Se levantó sin soltarla y fue hacia la cama, donde la dejó con cuidado, en el medio. Le tendió la rosa y retrocedió un paso para verla mejor.

El pelo le llegaba a los hombros y lo tenía alborotado. Se le había subido el vestido al dejarla en la cama, pero ella no hizo nada para taparse los muslos. Reggie se fijó también en el escote, que era bajo y dejaba ver la parte alta de sus generosos y firmes pechos. El siempre se fijaba primero en los labios, pero, después, en los pechos, y con aquella mujer parecía haberle tocado la lotería.

Olivia se preguntó cuánto tiempo iba a quedarse allí mirándola. Aunque aquello le hiciese sentir que le gustaba lo que estaba viendo. Ningún hombre la había estudiado durante tanto rato nunca. Dejó la rosa a un lado y se inclinó a quitarse los zapatos. Se los tiró a él, que los agarró sin ningún problema y, en vez de dejarlos en el suelo, los puso encima del confidente.

Olivia se sorprendió. Sin duda, era un hombre que sabía apreciar

unos zapatos de Zanotti. Aquél había sido otro de sus caprichos. Los zapatos eran su pasión, y que aquel hombre reconociese su valor le hacía ganar otro punto más.

Había llegado el momento de quitarse el resto de la ropa. Empezó por las medias, no llevaba nada debajo, así que eso le sorprendería. Le gustaba la idea de sorprenderlo. Se las quitó y se las tiró. Al igual que había hecho con los zapatos, él las agarró, se las llevó a la nariz y las olió antes de metérselas en el bolsillo de la chaqueta.

Olivia, que había seguido el movimiento de su mano con la mirada, volvió a observar su rostro. Al seguir su mano con la vista, se había dado cuenta de otra cosa: de su erección. A pesar de que todavía estaba vestido, su ojo artístico le dijo que, a su lado, el David de Miguel Ángel daría pena.

El cambió de postura. Sin duda, se había dado cuenta de lo que estaba mirando Olivia. Se llevó las manos a la cremallera del pantalón y la bajó muy despacio. Se agachó a quitarse los zapatos y los calcetines y se deshizo por fin de los pantalones, quedándose sólo con un sexy calzoncillo negro que se le pegaba al cuerpo. Tenía los muslos fuertes y apretados, como, probablemente, el resto del cuerpo. Era evidente que hacía deporte a menudo.

Estaba muy sexy, allí de pie, con la chaqueta del esmoquin y sólo los calzoncillos. Y Olivia pensó que se había empezado a desnudar igual que ella, por los pies.

Contuvo la respiración al ver que llevaba las manos a la cinturilla de los calzoncillos y no apartó la mirada mientras se los bajaba.

Estaba claro que aquel hombre no tenía complejos, y ella se lo agradeció, porque observarlo era como ver una obra de arte. Mientras ella disfrutaba de la vista, el siguió desnudándose. Olivia no se dio cuenta hasta que no lo tuvo delante, completamente desnudo.

Recorrió su cuerpo con la mirada una vez, dos, tres, antes de volver a mirarlo a la cara. Estaba desnudo, con la máscara puesta, y Olivia deseó que se quedase así para poder retratarlo. Era una imagen pura, cien por cien masculina.

—Ahora te toca a ti quitarte el resto de la ropa.

Ella se obligó a mirarlo a la cara mientras se desabrochaba el

vestido y se lo sacaba por la cabeza. Y ya estaba desnuda, dado que no se había puesto sujetador.

El la estudió también. Y Olivia se sintió incómoda. Se preguntó qué pensaría de ella, a pesar de que se mantenía en forma y llevaba hecha la depilación brasileña.

—Ya he terminado —le dijo, sonriendo.

—No, cariño, todavía no has empezado —comentó el.

Reggie tomó aire, nunca había deseado tanto a una mujer. Nunca había querido comerse a una viva. Pensó que en una noche no le daría tiempo a hacer todo lo que quería hacer con ella, así que no tenía tiempo que perder, pero antes...

— ¿Hay algo que no te guste hacer? —se sintió obligado a preguntarle.

Ella bajó la mirada un momento antes de contestar en voz baja:

—Sí, no me gusta el sadomasoquismo.

Él rió.

—En ese caso, me alegro de haber dejado las esposas en casa —dijo, y al ver que ella abría mucho los ojos, añadió—: Es broma. Me parece una locura atarte las manos, pudiendo tenerlas acariciando mi cuerpo.

Olivia se tomó aquello como una invitación. Se acercó al borde de la cama y se incorporó para acariciarle el pecho. Sonrió al ver que contenía la respiración y se quedó fascinada con el calor de su piel y con la manera en que sus músculos se flexionaban bajo sus manos.

— ¿Te gusta torturarme? —inquirió él con voz ronca.

— ¿Por qué? ¿Te parece que te estoy torturando? —le preguntó ella en tono inocente, bajando las manos hacia su estómago.

—Sí.

—Pues todavía no has visto nada, Jack Sprat.

Y bajó la mano hasta su erección. Era larga, dura y, por aquella noche, era suya. La encerró entre sus dedos y la acarició.

Reggie no pudo seguir soportando lo que aquella misteriosa mujer le estaba haciendo, alargó la mano hasta sus pantalones y sacó un preservativo de la cartera. Rasgó el envoltorio con los dientes y empezó a ponérselo.

Levantó la vista y la vio tumbada en la cama, sonriéndole,

consciente del estado en el que le había puesto. El fue tan rápido que la pilló desprevenida, se tumbó en la cama y se puso encima de ella, atrapando sus labios con la boca, devorándoselos como pretendía devorar el resto de su cuerpo. Después bajó hasta los pechos y se los acarició con la lengua hasta hacerla gemir de placer. Ella le rogó que parase, le dijo que no podía más.

Pero Reggie todavía no había terminado. Estaba decidido a demostrarle que él también podía torturarla y utilizó la rodilla para separarle las piernas. Luego, se colocó entre ellas y colocó su erección en el umbral del lugar en el que tenía que estar.

Había tantas cosas que quería hacer, quería devorar sus pechos, lamer toda su piel, pero, en esos momentos, lo que más necesitaba era estar dentro de ella.

Apartó la boca de sus pechos y levantó la cabeza para mirarla, para ver cómo reaccionaban sus ojos debajo de la máscara.

—Esto es una locura —dijo.

—Tal vez —admitió ella—. Pero es la mejor locura que he hecho nunca. No vamos a parar ahora.

— ¿Estás segura?

—Sí.

Y sin dejar de mirarla a los ojos, la penetró. Sintió cómo se contraía por dentro incluso antes de llegar al final. Estaba tensa, pero, al mismo tiempo, se abría a él como una flor.

—Está bien. Relájate, déjame entrar —le pidió.

Y ella siguió abriéndose, ajustándose a él a la perfección. Y en ese momento, Reggie volvió a probar sus labios, a beber sus gemidos.

Entonces empezó a moverse dentro de ella. Poco después notaba cómo le clavaba los dedos en los hombros.

Fue entonces cuando notó que explotaba su cuerpo. Y las sensaciones que acababan de inundarla a ella, lo inundaron a él también. Echó la cabeza hacia atrás y respiró profundamente para aspirar su aroma, que flotaba en el aire.

Su cuerpo se sacudió y cerró los ojos mientras explotaba por dentro. Fue un orgasmo increíble y Reggie siguió moviéndose hasta que sus gemidos se mezclaron con los gritos de placer de ella.

Y con sus cuerpos completamente unidos, y sus mentes conectadas, dejaron ambos la Tierra para subir hasta el cielo

mientras el placer los consumía.

—Tengo que marcharme —dijo ella. Reggie giró la cabeza y la miró. No podía moverse. Casi no podía respirar. Faltaba poco para que amaneciese. Se habían pasado toda la noche haciendo el amor. Una vez después de otra.

Sabía que tenía que marcharse. Y él también, pero no quería que aquella noche terminase.

—Sabes que no hay motivo alguno por el que no podamos...

Ella le puso un dedo en los labios.

—Sí, sí que hay un motivo. No puedo revelarte mi verdadera identidad. Podría hacerle daño a alguien.

El frunció el ceño. No llevaba alianza, así que había dado por hecho que no estaba casada.

—No estoy casada —dijo ella, como si le hubiese leído el pensamiento—. Ni siquiera tengo novio.

—Entonces, ¿a quién ibas a hacerle daño? —le preguntó. Seguro que él tenía más que perder, porque su carrera al Senado empezaba de manera oficial el lunes.

—No puedo decírtelo. Tenemos que despedirnos...

El la abrazó antes de que terminase de hablar, sabiendo que aquélla sería la última vez que besase aquellos labios que tanto le habían atraído.

Unos segundos después la soltó, y ella se levantó y empezó a vestirse. Reggie la observó y volvió a excitarse.

—Voy a ir a sacar dinero para pagar la habitación —la oyó decir.

—No, de eso nada.

—Sí, fue idea mía venir aquí.

—Da igual. Ya está todo pagado, así que no aceptarán tu dinero en recepción. Todo corre a mi cargo, y no me arrepiento de ello.

Olivia se puso los zapatos y lo miró. Estaba tumbado en la cama, encima de las sábanas. Desnudo. Era tan masculino.

—Yo tampoco me arrepiento —le dijo con sinceridad.

Se sintió tentada a hacer lo que él había querido, quitarse la máscara y quitársela a él, pero no podía. Ni siquiera confiaba en sí misma lo suficiente para darle un beso de despedida. Tenía que cortar aquella situación por lo sano.

— ¿Estás seguro de que no quieres que pague la habitación?

—Sí, estoy seguro.

—Déjame que te dé al menos algo...

—No.

Se quedaron unos segundos mirándose, pero Olivia supo que tenía que marcharse.

—Tengo que irme —repitió, intentando convencerse a sí misma.

El tomó la rosa y se la ofreció. Y ella se acercó a aceptarla.

—Al menos, deja que te acompañe hasta la puerta.

—No, prefiero ir sola. Y salió del dormitorio.

Reggie se levantó de la cama cuando oyó que se cerraba la puerta de la habitación. Se sentó en el borde y, de repente, se sintió como si acabase de perder algo.

Se levantó a recoger la ropa y fue entonces cuando se quitó la máscara. Se inclinó por la camisa y la corbata y vio que brillaba algo en el suelo. Era uno de los pendientes de diamantes que llevaba puestos la mujer que acababa de irse.

Lo rodeó con la mano y, en ese momento, supo que buscaría por toda Atlanta hasta que la encontrase.

La encontraría, y se quedaría con ella.

Capítulo Tres

—Bueno, Libby, ¿qué tal la fiesta?

Olivia, que estaba sumida en sus pensamientos, recordando la noche anterior, no se había dado cuenta de que su padre estaba al pie de las escaleras. Levantó la mirada y sonrió.

—Estupendamente.

El no tenía que saber que no se refería sólo a la fiesta, sino también a su encuentro en el hotel Saxon con su misterioso amante.

Había llegado a casa de su padre poco antes de las seis de la mañana y, como sabía que él se levantaba temprano, había subido corriendo las escaleras y se había duchado. También había llamado a Terrence y le había dejado un mensaje en el contestador de su teléfono móvil diciéndole que ya podía borrar el número desde el que le había enviado el mensaje la noche anterior. Luego, se había metido en la cama. Acababa de hacerlo cuando había oído a su padre rondar por la casa.

Hacía años que no había dormido tan bien. Se había despertado con hambre y a la última persona a la que había esperado encontrarse de camino a la cocina era su padre. Por norma, los domingos iba a misa y después a jugar al golf con sus amigos. ¿Qué hacía en casa?

Orin llegó hacia donde estaba su hija y le dio un abrazo.

—Me alegro de que te divirtieses. Siento no haber podido acompañarte, pero tenía que preparar mi discurso.

Ella lo miró y volvió a pensar que era un hombre muy guapo. Le alegró que siguiese cuidándose, comiendo bien y haciendo ejercicio.

—No pasa nada, papá.

Como no quería que le preguntase demasiados detalles acerca de la fiesta, decidió preguntar ella primero:

— ¿Cómo es que estás en casa y no en tus clases de golf?

El sonrió, la agarró del brazo y la condujo hasta la cocina.

—Cathy me ha hecho unas amenazas horribles, por si se me ocurría marcharme antes de que ella viniese a repasar el discurso.

Olivia sonrió, pero no dijo nada. Cathy Bristol era, desde hacía casi quince años, la secretaria de su padre, y ella no podía evitar preguntarse cuándo se daría cuenta su padre de que estaba enamorada de él. Ella misma se había dado cuenta cuando todavía era adolescente. Cathy tenía cuarenta y ocho años y era viuda, había perdido a su marido dieciocho años antes, en un accidente de tráfico, y había tenido que criar sola a sus dos hijos.

— ¿Y cuándo va a venir Cathy? Me encantaría verla.

Su padre sonrió.

—Alrededor del medio día. La voy a invitar a comer aquí antes de ponerla a trabajar.

— ¿Va a revisar tu discurso?

—Sí —contestó el mientras se sentaban a la mesa de la cocina—. Se le da bien la edición, y dar su opinión. Y es mi primer discurso, quiero impresionar a todo el que lo oiga.

Olivia asintió y tomó una manzana del frutero que había en la mesa.

Orin frunció el ceño.

—Supongo que no desayunarás sólo eso.

—Me temo que sí —respondió ella antes de darle un mordisco a la fruta.

—Estás demasiado delgada. Deberías comer más.

Olivia sólo pudo sonreír. No podía contarle a su padre que había comido mucho la noche anterior. Después de hacer el amor varias veces, habían pedido comida al servicio de habitaciones y ella había comido hasta saciarse.

Decidió cambiar de tema.

—Bueno, cuéntame algo de ese tipo que tiene la audacia de enfrentarse a mi padre.

Orin se apoyó en el respaldo de la silla.

—Es uno de esos Westmoreland. Es una familia muy importante aquí en Atlanta. Es joven, treinta y pocos años, y es dueño de una

gestoría.

Olivia asintió. Conocía el apellido y, si su memoria no le fallaba, Duan y Terrence habían ido a clase con alguien de la familia. Aunque era una familia muy numerosa.

— ¿Y cuál es su programa? ¿En qué se diferencia del tuyo?

—Estamos de acuerdo en muchas cosas. La principal diferencia es si Georgia puede o no mantener otra universidad pública. El piensa que sí, y yo, que no. Ya tenemos varias universidades buenas en la zona. ¿Para qué necesitamos otra? Además, le falta experiencia.

Olivia no pudo evitar sonreír al oír aquello. Su padre tampoco tenía experiencia política, pero su buen amigo el senador Albert Reed iba a jubilarse y quería que alguien de su confianza, y a quien pudiese influenciar, ocupase su lugar. Aunque su padre no era un hombre fácil de manejar, todo el mundo sabía que daba su brazo a torcer si le daban un buen motivo.

—El joven Westmoreland se aprovecha de que tiene un apellido conocido y a un par de famosos en la familia. Uno de sus primos es piloto de motociclismo y otro, escritor.

A Olivia le dieron ganas de recordarle que uno de sus hijos había sido jugador profesional de fútbol, pero no dijo nada y decidió limitarse a escuchar. O, al menos, lo intentó, ya que su mente la traicionó en un par de ocasiones y se puso a pensar en el alto, moreno y guapo hombre con el que había pasado la noche. Todavía recordaba el sabor de sus besos y que había sido metódico, lento y minucioso a la hora de tomar sus labios.

Aunque aquello no era lo único que le había hecho con la boca, también le había recorrido la espalda, los pechos, había probado sus pezones y le había hecho ser consciente de su pasión. Una pasión que él había sabido despertarle.

Lo único negativo que había ocurrido la noche anterior era que había perdido uno de los pendientes de diamantes que se había comprado un año antes en París. Había sido un regalo que se había hecho a sí misma después de conseguir el trabajo de sus sueños. Quería recuperarlo, pero sabía que no sería posible. No obstante, tenía que admitir que la noche que había pasado había merecido la pérdida.

El timbre de la puerta la sacó de sus pensamientos.

—Debe de ser Cathy —comentó Orin, levantándose enseguida de la mesa y dirigiéndose a la puerta principal.

Olivia estudió a su padre y sacudió la cabeza. Parecía muy contento con la llegada de Cathy. Tal vez se había dado cuenta por fin de lo que pasaba.

Se dio la vuelta al oír una voz femenina. La voz de Cathy. Y sonrió a aquella mujer que tanto le gustaba para su padre mientras se preguntaba por qué no le habría pedido él que lo acompañase a alguna recepción. Cathy era guapa y hacían muy buena pareja.

Brent Fairgate movió la mano delante del rostro de Reggie.

—Eh, tío, ¿estás con nosotros o dónde estás?

Reggie parpadeó y fijó la mirada en el hombre que tenía delante primero, y después en la mujer que estaba sentada a su lado, Pam Wells. Brent había contratado a Pam como estratega.

—Lo siento —se disculpó, no merecía la pena negar lo evidente—, estaba pensando en otra cosa.

No podía contarle a Brent que estaba reviviendo la noche anterior. Brent era el hombre más centrado que conocía Reggie. Y era evidente que quería que él también se centrase.

—Está bien. Volvamos a repasar el plan de mañana —dijo Brent tendiéndole una carpeta llena de papeles—. La comida es en el Centro Cívico. Hablaréis Jeffries y tú. El orden se decidirá lanzando al aire una moneda. Sólo tienes que asegurarte de hacer buen uso de tu encanto. Jeffries hará lo mismo. Sin decirlo, tendrás que hacer ver que eres diferente. Y tendrás que describir a Jeffries como más de lo mismo, alguien que representa el pasado.

—De acuerdo. Dame información personal acerca de Jeffries, además de que es el padre del Diablo —dijo Reggie.

A Terrence Jeffries le habían apodado así cuando jugaba al fútbol. Reggie sabía que, en esos momentos, Terrence se dedicaba con éxito a los negocios y vivía en Florida Keys.

—Tiene otro hijo, un par de años mayor —respondió Pam—. Estuvo trabajando en la policía, pero ahora tiene una agencia de detectives privados. Es una persona discreta, a la que no le gusta aparecer en ninguna parte.

Reggie asintió.

— ¿Eso es todo? ¿Dos hijos?

Pam negó.

—También tiene una hija, la pequeña. De veintisiete años. Es artista y vive en París. Tengo entendido que ha vuelto a casa para la campaña.

— ¿Por qué?

Pam sonrió.

—Para acompañar a su padre a todos los actos que se celebren. Al parecer, Jeffries no ha salido con ninguna mujer desde que su esposa lo abandonó.

— ¿Y cuándo fue eso?

—Hace veintitantos años. Crió a sus hijos solo— le explicó Pam.

Reggie asintió y sintió admiración por aquel hombre. El había tenido la suerte de tener unos padres que seguían vivos, y juntos. Y no podía imaginárselo de otra manera. Había oído a sus primos y hermanos hablar de lo duro que era educar a los hijos, y admiraba a cualquier persona que lo hiciese sola.

—Supongo que sabes que Orín Jeffries es abogado de Nettleton Industries. Lleva más de treinta años trabajando para ellos. Y tiene casi veinticinco años más que tú. Alardeará de tener más edad y experiencia que tú —añadió Brent.

—Seguro que sí.

— ¿Quieres que repase tu discurso de mañana? —le preguntó Brent.

Reggie miró a su amigo a los ojos.

—Todavía no lo he escrito.

Brent parecía preocupado.

—Pensé que ibas a hacerlo anoche, después del baile de máscaras— le dijo

Reggie suspiró. No podía contarle que no había llegado a casa hasta esa misma mañana porque había pasado la noche en el hotel Saxon.

—Lo haré en cuanto os marchéis. Si quieres pasar más tarde a recogerlo, eres libre de hacerlo.

Brent lo miró con severidad.

—No pienses que no lo haré.

Reggie puso los ojos en blanco.

—No vuelvas antes de las seis.

— ¿Por qué?

—Porque antes necesito echarme una siesta.
—Tú nunca te echas la siesta.
—Lo sé, pero hoy la necesito.

***

En cuanto Pam y Brent se hubieron marchado, Reggie llamó a ver qué tal estaban sus padres. Solía cenar con ellos los domingos y no quería que su madre se preocupase al ver que no aparecía.

Después de convencer a Sarah Westmoreland de que no tenía la gripe y que sólo necesitaba descansar, intentó terminar con la llamada, pero ella se empeñó en darle la receta de una sopa... como si tuviese tiempo de ponerse a cocinar. Aunque su madre sabía que no lo tenía, albergaba la esperanza de que alguna amiga cocinase para él.

Reggie sonrió mientras subía las escaleras que llevaban a su dormitorio. El único deseo de su madre era ver a sus seis hijos casados y con hijos. Un deseo que se había visto fortalecido unos años antes, cuando había sufrido un cáncer de mama.

Y su sueño ya casi se había hecho realidad. El reciente anuncio de Jared de que Dana y él iban a ser padres en otoño hacía que todos los hijos de James y Sarah Westmoreland, a excepción de él, estuviesen casados y tuviesen, o fuesen a tener hijos. Quade había dejado a todo el mundo de piedra con sus trillizos, pero los embarazos múltiples no eran una novedad en la familia.

Al llegar a su dormitorio, empezó a quitarse la ropa y recordó cómo lo había hecho la noche anterior, consciente de la mirada de la Mujer Maravilla sobre él.

Se metió bajo las sábanas y se prometió que, cuando despertarse, habría borrado todos aquellos recuerdos de su mente y volvería a pensar en el presente. Todavía tenía la intención de encontrar a su misteriosa amante, pero antes tenía que concentrarse en ganar las elecciones.

No obstante...

Pensó en el pendiente que tenía guardado en un cajón. De camino a su despacho pasaría por la joyería favorita de Jared, Garbella Jewelers, para ver si podían decirle algo acerca de él, como quién lo había hecho, de qué tienda podía ser. Eso no le

llevaría demasiado tiempo, ni le haría desconcentrarse.

Mientras se dormía, no pudo evitar pensar en ella y se preguntó cuánto tiempo le duraría aquella fascinación, aquella obsesión por la misteriosa mujer con la que había pasado la noche.

En cualquier caso, pretendía disfrutar de ella mientras durase.

Olivia se sentó en una silla al otro lado de la habitación y observó a Cathy y a su padre. Intentó no reír al darse cuenta de cómo se miraban cuando el otro no se daba cuenta. Y le encantó. Antes o después, su padre se daría cuenta de que Cathy era lo mejor que le había pasado nunca. A pesar de llevar quince años trabajando para él, su relación seguía siendo profesional, aunque ella sabía que eso acabaría cambiando con el tiempo.

— ¿Papá?

Orin levantó la vista para mirarla. Cathy estaba sentada a su lado, revisando el discurso.

— ¿Sí, cariño?

— ¿Por qué me has hecho venir para acompañarte a todas partes teniendo a Cathy aquí?

Cathy se ruborizó y su padre se quedó boquiabierto, como si le hubiese sorprendido mucho la pregunta. Cathy fue la primera en recuperarse y balbucear:

—Orin no podría hacer algo así. Soy su secretaria.

Olivia sonrió.

—Ah —dijo ella, aunque tuvo la tentación de añadir que, aunque fuese su secretaria, su padre sólo tenía ojos para ella.

Justo en ese momento sonó su teléfono móvil. Lo sacó del bolsillo trasero de sus vaqueros y vio que era Terrence quien la llamaba.

—Disculpadme un momento —dijo, saliendo de la habitación y cerrando la puerta tras de ella.

— ¿Sí, Terrence?

— ¿Qué demonios te pasa, Libby? ¿Por qué me mandaste un mensaje desde un teléfono desconocido y luego me has llamado esta mañana para decirme que borrase el número?

Olivia se pasó la lengua por los labios con nerviosismo. Sabía que Terrence le haría preguntas, pero si le daba una respuesta que sonase creíble, lo dejaría pasar, aunque Duan también la

interrogaría.

—Anoche fui a la fiesta de papá y conocí a un hombre. Me pidió que fuese con él a un bar en Stone Mountain, y accedí, pero tomando ciertas precauciones.

—Buena idea. Eres una chica lista. ¿Qué tal el bar?

—Humm, bien, pero nada comparado con el Club Hurricane —contestó Olivia, sabiendo que a su hermano le gustaría oír que el club nocturno del que él era dueño era de lo mejor.

—Eres incluso más lista de lo que yo pensaba. ¿Qué tal papá? ¿Todavía no ha tirado la toalla en la carrera al Senado?

Olivia sonrió. Terrence y Duan habían apostado que, antes o después, Orin Jeffries se daría cuenta de cómo era la política en realidad y la dejaría. Ella había pensado lo mismo al principio, pero ya no estaba tan segura.

—Me da la sensación de que esta vez va a llegar hasta el final —contestó.

—Humm, eso es interesante. Yo sigo pensando que Reed lo convenció de que se presentase por su propio interés. Voy a llamar a Duan. Tal vez debiéramos hablar con papá del tema.

—Quizás sea demasiado tarde. Mañana tendrá lugar el primer foro. Lleva dos días trabajando en su discurso. Lo único bueno es que Cathy y él están trabajando juntos.

—Libby, siempre trabajan juntos. Es su secretaria.

—Sí, pero ahora lo están haciendo de otra manera. De hecho, está aquí.

Oyó reír a su hermano.

— ¿Todavía estás empeñada en hacer de casamentera?

—Tal vez, al fin y al cabo, aquí no tengo otra cosa que hacer.

Pensó en Jack Sprat. Un rato antes se había sentido tentada a tomar su bloc de dibujos y hacer algunos bocetos para pasar el tiempo, pero había conseguido controlarse.

—Bueno, iré a veros dentro de un par de semanas, así que no te metas en líos hasta entonces, ¿de acuerdo?

Ella rió.

—No puedo prometerte nada, pero lo intentaré.

Capítulo Cuatro

Brent le había dado el visto bueno a su discurso, así que Reggie tenía confianza en que saldría bien. Atravesó el salón, saludando a todos los presentes. Aquel sería el primero de varios actos dirigidos a dar a los votantes la oportunidad de conocer su programa. Había conocido a Orin nada más llegar y le había caído bien.

Varios amigos y familiares habían ido a verlo. Eran personas que creían en él, que lo apoyaban y que contaban con que cambiase algunas de las políticas del momento.

El nunca había pensado en hacer carrera política, hasta hacía poco tiempo. Le había parecido una atrocidad que el senador que estaba en el poder no viese la necesidad de otra universidad en la zona. Cada vez había más personas jóvenes que deseaban realizar estudios superiores y el bajo coste de las universidades estatales, en comparación con las privadas, era un factor clave en el proceso. Los estudiantes tenían que hacer muchos esfuerzos para reunir el dinero necesario para ir a la universidad y era inaceptable que fuesen rechazados por no haber plazas suficientes. Todo el mundo debía tener derecho a la educación. Georgia necesitaba otra universidad estatal, y él iba a luchar por ella.

La universidad de Georgia era la universidad pública más antigua del estado, con más de doscientos años. En aquel entonces había habido la necesidad de ampliar las oportunidades educativas y, en ese momento, volvía a haberla. De hecho, se habían donado unos terrenos para la construcción de otra universidad, pero algunos legisladores estaban intentando encontrar la manera de utilizar dicho espacio para construir un campo de golf.

Reggie era consciente de que ser elegido sería sólo el primer paso. Cuando llegase al Senado, tendría que convencer a los

legisladores de la necesidad de otra universidad.

Se miró el reloj. En menos de diez minutos se serviría la comida, y a mitad de ella, todos los candidatos tendrían la oportunidad de hablar. Eran unos ocho.

Decidió que tenía que relajarse un momento y pensó en su visita a Garbella Jewelers esa mañana. Le habían dicho que era una joya de gran valor, pero que era posible que hubiese sido comprada en otro país, por el corte de los diamantes, podía provenir de Europa. Después de aquello, Reggie había decidido que tenía que encontrar a su Mujer Maravilla para devolverle el pendiente.

Pensó en Quade y su primo Cole, que se habían retirado recientemente, Quade de un trabajo en el cuerpo de seguridad del estado y Cole de la policía montada de Texas, y se habían unido para montar una red de empresas de seguridad, con servicio de detective privado incluido. Y se preguntó si lo aceptarían a él como primer cliente.

Volvió a mirarse el reloj antes de levantar la vista y cruzarse con los ojos de Brent. Tenía menos de diez minutos para mezclarse con la gente, antes de que empezase la comida. Odiaba admitirlo, pero se sentía como pez en el agua. Tal vez la política sí fuese lo suyo, después de todo.

Olivia esperó a que fuese casi la hora de la comida para entrar e ir al lado de su padre. Según su jefe de campaña, Marc Norris, su entrada formaba parte de la estrategia. Quería que ella fuese saludando a la gente que estaba a un lado del salón, mientras su padre se encargaba del lado opuesto.

Cuando se lo había dicho esa mañana, durante el desayuno, a Olivia le había molestado que aquel hombre pareciese pensar que no tenía sentido común. No obstante, para no causar problemas, había preferido no decir nada.

Se dio cuenta de que la gente se fijaba en ella cuando entró en el salón. Casi todo el mundo sabía que Orin Jeffries tenía una hija, pero a muchos casi se les había olvidado, ya que sus dos hijos eran mucho más conocidos. Prácticamente todo el país conocía al Diablo, les gustase o no el fútbol. Después de retirarse del deporte profesional, Terrence había participado en muchos actos benéficos. También participaba en un conocido programa de radio de deportes

en el sur de Florida. Y Duan había aparecido en la prensa un par de años antes, cuando había descubierto a un par de tipos que tenían la intención de llevar el crimen organizado a Georgia.

Pero a ella no le importaba que la hubiesen olvidado. Además, hacía años que vivía en el extranjero y que volvía a casa sólo de visita, en vacaciones.

Empezó a mezclarse con la gente, a presentarse como la hija de Orin Jeffries, y vio muchas expresiones de sorpresa.

—Vaya, Olivia, qué alegría verte de nuevo. Hacía mucho tiempo que no volvías a casa, ¿verdad? Debes de estar muy orgullosa de tu padre y hermanos.

—Sí, lo estoy, señora Hancock. ¿Qué tal está Beau? He oído que le van muy bien las cosas. Debe de estar también muy orgullosa de él.

A la mujer le brillaron los ojos al hablar de su hijo. Olivia había conocido a Beau en el instituto. Si no había cambiado con los años, Beau Hancock era un cretino.

Se miró el reloj, tenía diez minutos antes de que todo el mundo se sentase a comer. Había llamado al hotel Saxon para ver si alguien había encontrado su pendiente, pero no había tenido suerte.

Todavía tenía que pasar por una zona del salón, la señora Hancock la había entretenido demasiado tiempo.

—Lo estás haciendo estupendamente —le susurró el senador Reed, que acababa de aparecer a su lado.

Ella se obligó a sonreír. Por algún motivo, nunca le había caído bien.

—Gracias.

Ya había conocido a varios de los candidatos, pero todavía le quedaba el verdadero adversario de su padre: Reggie Westmoreland.

Se dirigió hacia donde suponía que debía de estar, llena de curiosidad. Iba a preguntarle al senador Reed acerca de él, pero no lo hizo. La opinión del senador no le importaba.

—Tienes muy buen aspecto.

Al parecer, Reed parecía decidido a quedarse a su lado. Era algo mayor que su padre y siempre la había hecho sentirse incómoda.

—Gracias, senador —contestó, pero no le dijo que el también tenía buen aspecto.

Como su padre, también era un hombre guapo para su edad, pero demasiado estirado para su gusto.

—Fui yo quien sugerí que tu padre te hiciese venir —comentó—. El no estaba seguro de qué hacer, y yo le dije que tú serías la solución perfecta a su dilema.

Ella no estaba de acuerdo, pero no lo dijo. Habría preferido que su padre le pidiese a Cathy que lo acompañase, y tal vez hubiese sido así si el senador Reed no se hubiese entrometido.

Iba a abrir la boca, para decirle que su padre ya era mayorcito para tomar sus propias decisiones, cuando, de repente, notó que le faltaba el aire. Levantó la vista y vio delante de ella a un hombre que le daba la espalda.

Primero se fijó en su altura. Era más alto que el resto de los hombres con los que estaba hablando. Y había algo en esa altura, en su postura, que la cautivó.

Vestía un traje de chaqueta que le sentaba a la perfección. Tenía los hombros anchos y la cintura estrecha, y su figura le resultó familiar. Se detuvo donde estaba, sin comprender qué le estaba pasando.

— ¿Te ocurre algo, Olivia?

Ella miró al senador Reed y vio preocupación en sus ojos. No podía contarle lo que estaba pensando. No podía desvelar sus sospechas a nadie.

Tenía que irse a alguna parte donde poder recobrar la compostura, donde preguntarse si de verdad ese hombre podía ser Jack Sprat. Tal vez estuviese tan obsesionada por lo que había pasado la noche anterior que cualquier hombre alto y de hombros anchos le parecía él.

— ¿Olivia?

Ella no miró al senador, sino al otro hombre, que seguía dándole la espalda. Fue entonces cuando él se giró muy despacio y clavó la mirada en ella. Olivia estudió su rostro y fijó la vista en su mandíbula, en la simetría de su rostro, que era todavía más clara sin la máscara, en la forma de su cabeza y la situación de sus orejas. Reconoció todo aquello.

Lo recordó.

Y supo, sin ninguna duda, que estaba delante del hombre con el que había pasado la noche del sábado. El hombre cuyo cuerpo le

había proporcionado horas de infinito placer. Y, aunque pareciese imposible, por la manera en que él la miraba, también parecía haberla reconocido.

— ¿Olivia?

Dejó de mirar a los ojos de aquel extraño para mirar al senador, que estaba empezando a ponerse pesado, aunque, al mismo tiempo, era la única persona que podía decirle lo que necesitaba saber.

—Senador Reed, ¿quién es ese hombre que se ha vuelto y me ha mirado?

El senador siguió su mirada y frunció el ceño.

—Es un hombre al que vas a tener que conocer. Ese hombre, señorita, es el enemigo.

Ella tragó saliva antes de repetir:

— ¿El enemigo?

—Sí, el enemigo. Es el adversario de tu padre—. La cabeza empezó a darle vueltas. —Es Reggie Westmoreland —añadió el senador Reed.

Era ella.

Reggie estaba seguro. Sus labios la delataban. Y no sabía cómo, pero había sentido su presencia, se había dado la vuelta, y nada más verse, se habían reconocido.

Era extraño. El estaba con Brent, con su hermano Jared, sus primos Dare y Thorn, y la esposa de este. Tara. Todos estaban escuchando a Thorn, que les estaba contando que el actor Matt Damon le había pedido que le fabricase una moto y, de repente, se había sentido raro, se le había hecho un nudo en el estómago.

Se había dado la vuelta y la había visto. Su Mujer Maravilla.

No reconocía ningún otro de sus rasgos, pero le bastaba con los labios. Unos labios muy sensuales que él había besado, lamido y probado hasta la saciedad. Se sabía de memoria su forma, su textura, y sabía que eran tan sensibles que le había bastado con acariciarlos para hacer gemir a su dueña.

Ella estaba increíblemente guapa y elegante, con aquella falda y camisa que tan bien le sentaban. Si no la hubiese conocido antes, habría intentado conocerla en ese momento. Se dio cuenta de que otros hombres la miraban, y no le extrañó. Era impresionante.

Perdió el control y, sin querer, avanzó hacia ella.

—Reggie, ¿adónde vas? —le preguntó Brent.

El no respondió, porque no sabía qué decir. Siguió andando hasta llegar justo delante del senador y de ella. El senador tenía el ceño fruncido. Ella seguía mirándolo a los ojos, parecía tan embelesada como él.

—Buenas tardes —consiguió decir Reggie—, senador Reed. Me alegro de verlo.

Era mentira, y el senador lo sabía, pero no le importó. Tendría que presentarle a su acompañante.

—Westmoreland, veo que has decidido llegar hasta el final —respondió el senador.

Reggie sonrió con falsedad.

—Por supuesto —entonces, volvió a mirar a la mujer.

—Permíteme que te presente a Olivia Jeffries. Olivia, éste es Reggie Westmoreland —dijo el senador.

Reggie se quedó de piedra al oír su nombre.

— ¿Jeffries? —repitió.

—Sí —dijo el senador sonriendo de oreja a oreja—. Jeffries. Es la hija de Orin Jeffries, que ha venido de París para estar al lado de su padre durante toda la campaña.

Reggie asintió y volvió a mirar a Olivia a los ojos. Entonces, le tendió la mano.

—Olivia, me alegro de conocerte. Estoy seguro de que tu padre estará encantado de tenerte en casa.

—Gracias —respondió ella.

Los dos lo sintieron al darse la mano, y los dos lo supieron. Era lo mismo que les había hecho marcharse de la fiesta el sábado por la noche para estar a solas. Reggie abrió la boca para decir algo, pero la megafonía empezó a funcionar en ese instante.

—Se ruega a todo el mundo que ocupe su sitio para que la comida pueda servirse. Los números de las mesas están en la entrada.

—Me alegro de haberlo conocido, señor Westmoreland —dijo Olivia.

Había estado segura de que no volvería a verlo. Y ahora que él sabía quién era: la hija de su adversario político, esperaba que aceptase lo inevitable. Nada había cambiado. A pesar de saber quiénes eran, nunca podría haber nada más entre ellos.

—El gusto ha sido mío —contestó el.

Y luego hizo algo poco común en Estado Unidos: tomó su mano y se la besó antes de marcharse.

Capítulo Cinco

Durante la comida, cada vez que Olivia se llevaba el tenedor a la boca, su mirada iba automáticamente a encontrarse con la de Reggie Westmoreland, que estaba sentado en la mesa de al lado.

Tenía los ojos muy oscuros, de color casi chocolate, y en forma de almendra. Olivia había tenido que hacer un gran esfuerzo por relajarse, pero cuando él le había tomado la mano y se la había besado antes de marcharse, había temido desvanecerse.

—Libby, ¿te encuentras bien? No has comido casi nada —observó su padre, interrumpiendo sus pensamientos.

Ella lo miró y sonrió.

—Sí, papá, estoy bien.

—La culpa de su estado la tiene Westmoreland —comentó el senador Reed, sin que nadie le preguntase—. Lo ha conocido justo antes de sentarnos. Seguro que se le ha revuelto el estómago sólo de verlo.

Su padre frunció el ceño.

— ¿Ha sido brusco contigo, cariño? —le preguntó con mezcla de preocupación y enfado.

Ella iba a abrir la boca para asegurarle a su padre que no había sido el caso, cuando el senador Reed se le adelantó.

—Yo creo que a Westmoreland le ha gustado mucho tu hija. Orin.

Ella ignoró aquel comentario y pensó que el senador no sabía de lo que estaba hablando. En su lugar, contestó a su padre:

—No, no ha sido brusco conmigo, papá. De hecho, y aunque hemos hablado muy poco, me ha parecido muy agradable —sonrió —. Una persona encantadora.

—El enemigo nunca es agradable, ni encantador, Olivia —dijo el

senador, hablándole como si fuese una niña—. Recuérdalo siempre. Y te sugiero que te mantengas alejada de él durante toda la campaña.

Ella iba a replicar que le daba igual lo que pensase el senador cuando su padre habló.

—Al, no tienes que preocuparte por Libby. Es una chica lista. Nunca se mezclaría con un Westmoreland.

Olivia se preguntó si había algo de la familia Westmoreland que el senador y su padre sabían y ella ignoraba. No le habría extrañado, ya que había llegado al país el viernes. No obstante, era evidente que a su padre no le gustaba su adversario. ¿Sería sólo por motivos políticos, o habría algo más? Marc Morris, que era la otra persona que estaba sentada con ellos a la mesa, no dijo nada. Pero a Morris no parecían gustarle los cotilleos, aunque a él tampoco lo conocía mucho, lo había conocido el viernes.

—Si no supiese que no es así, habría pensado que Olivia y Westmoreland ya se conocían —respondió el senador Reed a Orin.

A ella casi se le cayó el tenedor al oír aquello. Tuvo que agarrarlo con más fuerza. Pensó en Reggie. ¿Tan evidente había sido su reacción al verse?

Se hizo un silencio en la mesa y Olivia supo que los dos hombres estaban esperando a que ella contestase, así que lo hizo.

—En ese caso, menos mal que sabe que no es así, senador.

Lo dijo con tanta dulzura, que nadie pudo adivinar si había sido sincera o irónica.

En ese momento, uno de los patrocinadores del acto se levantó y fue al estrado a anunciar que los discursos iban a empezar.

—Venga, Reggie, cuéntame qué hay entre tú y esa mujer de la mesa de al lado. Es evidente que no puedes apartar los ojos de ella —le dijo Brent en un susurro, acercándose a él.

Reggie arqueó una ceja.

— ¿Qué te hace pensar que hay algo entre nosotros?

Brent rió.

—Tengo ojos en la cara. Y veo con ellos. Ya sabes que es la hija de Jeffries.

Reggie apoyó la espalda en su silla. No podía seguir comiendo, a pesar de que casi no había probado bocado. Todavía no se había

recuperado de la impresión.

—Sí, ya lo sé. El senador Reed nos ha presentado. Y tengo que añadir que no ha parecido hacerle mucha gracia —dijo.

—Ya imagino. Seguro que la quiere para él.

Reggie miró con sorpresa a su amigo.

—A Reed le gustan las mujeres jóvenes. Una vez salí con una chica que trabajaba con él y me dijo que había terminado por dimitir porque el tío no dejaba de pedirle que saliese con él, a pesar de que siempre le había dicho que no.

Reggie apretó la mandíbula. Le ardía la sangre sólo de pensar que el senador pudiese estar interesado en Olivia.

—Pero si es amigo de su padre.

— ¿Y eso qué más da? —replicó Brent, intentando hablar en voz baja—. Supongo que sería un impedimento para cualquier hombre honesto y con buenas intenciones, pero Reed no lo es. No hay ninguna ley que le impida volver a presentarse, por eso cabe preguntarse por qué no lo hace. Se rumorea que le han dado a escoger entre retirarse o salir en la prensa, con sus aventuras con mujeres jóvenes. Y supongo que dado que sigue casado y que es su mujer quien más dinero tiene, aunque este postrada en la cama, ha preferido lo primero.

Reggie sacudió la cabeza.

—Pues no debería perder el tiempo con Olivia Jeffries.

— ¿Por qué no?

Reggie prefirió no contestar por miedo a hablar demasiado. Al final, ni siquiera tuvo ocasión de decir nada, ya que le tocó salir a dar su discurso.

—Ha sido un buen discurso, papá. Lo has hecho muy bien —le dijo Olivia a su padre al llegar a casa.

—Sí, pero Westmoreland, también —contestó Orin de camino a la cocina—. Ha intentado hacerme ver como alguien que no apoya la educación superior.

—Lo ha hecho porque estás en contra de la construcción de otra universidad pública —le recordó ella.

—Ya tenemos suficientes universidades, Libby.

Olivia decidió dejar la conversación. No estaba de acuerdo con su padre en aquel tema y no quería discutir con él acerca de Reggie

Westmoreland y su discurso. Si había sacado algo en claro de la cena era que ni el senador ni su padre querían que tuviese nada que ver con la competencia.

Se miró el reloj.

—Creo que me voy a cambiar y voy a ir al parque a pintar un rato.

—Sí, hazlo ahora que todavía hay luz. Puedes llevarte mi coche, yo ya no voy a utilizarlo hoy. El coche que has alquilado es demasiado pequeño —le dijo Orin mientras se quitaba la corbata y subía las escaleras.

Olivia estaba segura de que estaba disgustado con cómo había salido la comida. Era evidente que había creído que le resultaría fácil ganar, y probablemente lo habría sido si Reggie Westmoreland no hubiese decidido presentarse también en el último momento.

Ella también era consciente de que, a pesar de que el discurso de su padre había sido bueno, el de Reggie Westmoreland había sido mejor. En vez de hablar de generalidades, había dado datos concretos y había hablado con elocuencia. Mientras pronunciaba el discurso, la había buscado con la mirada en varias ocasiones, y Olivia estaba segura de haber visto deseo en sus ojos. Ella también lo había sentido.

Después de la comida, en vez de quedarse por allí, había metido prisa a su padre para que se marchasen. Tenía que evitar que Reggie intentase acercarse a ella de nuevo, ya que se temía no ser capaz de controlar la situación, y eso sólo habría hecho sospechar más al senador Reed. Por algún motivo, el amigo de su padre había estado todo el tiempo pendiente de ella.

Se cambió de ropa y estaba recogiendo todo su material de trabajo para marcharse cuando sonó su teléfono móvil. No reconoció el número, que era local, pero descolgó.

— ¿Dígame?

—Quedemos en algún lugar.

A ella le temblaron las rodillas al oír una voz ronca y profunda. Sabía a quién pertenecía, pero lo preguntó de todas formas:

— ¿Quién eres?

—Soy Reggie Westmoreland, Mujer Maravilla.

Olivia entró en el aparcamiento de Chase's Place, preguntándose

por enésima vez cómo había podido dejar que Reggie Westmoreland la convenciese para encontrarse con él allí. Él le había dicho que el restaurante estaba cerrado los lunes, pero que conocía al dueño y podían verse allí, para tener más privacidad.

Cuando ella le había contestado que no quería que nadie la viese con él, Reggie le había sugerido que aparcase en la parte de atrás del edificio. Olivia odiaba tantos secretos, pero sabía que era lo mejor.

¿Cómo había podido tener una aventura de una noche precisamente con un hombre al que su padre no soportaba?

Hizo lo que Reggie le había aconsejado y condujo hasta la parte de atrás del restaurante, donde aparcó al lado de un bonito Mercedes gris, el mismo que había conducido Reggie el sábado por la noche. Salió, se miró el reloj, fue hasta la puerta trasera del restaurante y llamó. La puerta se abrió inmediatamente y apareció un hombre casi tan alto como Reggie e igual de guapo. Este se apartó y la dejó entrar.

— ¿Olivia? —le preguntó sin dejar de sonreír mientras cerraba la puerta.

Ella estaba tan ocupada estudiando su rostro, que era muy parecido al de Reggie, que se sobresaltó al oír su propio nombre. Aquel hombre también era muy guapo, pero llevaba una alianza en la mano.

— ¿Sí? —contestó por fin.

—Soy Chase Westmoreland —se presentó él, tendiéndole la mano—. Reggie te está esperando. Te conduciré hasta él.

—Gracias —dijo ella y, no pudo evitar preguntarle—: ¿Eres su hermano?

La risa de aquel hombre flotó en el aire mientras andaba por el pasillo.

—No, Reggie tiene cinco hermanos, pero yo no soy uno de ellos. Soy su primo.

—Ah. Pues os parecéis —comentó.

—Sí, todos los Westmoreland nos parecemos.

Después de recorrer un largo pasillo, se detuvieron delante de una puerta que estaba cerrada.

—Reggie está aquí —le dijo Chase sonriendo—. Me alegro de haberte conocido.

Olivia sonrió.

—Igualmente, Chase.

El primo de Reggie desapareció y ella tomó aire antes de abrir la puerta.

Reggie se puso de pie en cuanto oyó voces al otro lado de la puerta. Aquél era el único lugar en el que podía ver a Olivia sin miedo a que algún periodista, ni nadie, invadiesen su privacidad. La campaña había empezado de manera oficial ese mismo día, y todas las partes estaban intentando sacar trapos sucios de las demás.

Él le había dicho a Brent que quería centrarse sólo en la política, no le gustaban los juegos sucios. Pensaba que los votantes tenían que conocer a los candidatos, saber lo que pensaban de los distintos temas y decidir cuál se ajustaba más a lo que querían. Si querían algo distinto, un cambio, él era su hombre. Y si se habían acostumbrado a que el senador Reed no hiciese nada y querían seguir así, entonces tendrían que votar por Jeffries, ya que era evidente que era un clon de Reed.

Nada más abrirse la puerta el corazón se le aceleró en el pecho. Y cuando vio a Olivia entrar en la habitación y sus miradas se encontraron, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no ir hasta ella, tomarla entre sus brazos y besar esos labios de los que tanto había disfrutado un par de noches antes.

Ella se quedó justo delante de la puerta y se apoyó en ella, mirándolo. Esperando.

—Mujer Maravilla —dijo él sonriendo.

No era una pregunta, sino una afirmación. Reggie sabía perfectamente quién era.

El cosquilleo que Olivia sentía en el estómago se intensificó y al mirar al hombre que había al otro lado de la habitación no pudo evitar hacerle una pregunta que llevaba rondándole desde la comida.

— ¿Cómo me has reconocido?

Él sonrió y a Olivia le dio la sensación de que se le iba a detener el corazón. Empezó a tener mucho calor por todo el cuerpo.

—Tus labios te han delatado. Los he reconocido —dijo él.

Olivia frunció el ceño, aquello le parecía extraño, pero debía de tener cierto sentido, al menos para él, porque la había reconocido.

— ¿Y tú? Tú también me has reconocido. ¿Cómo? —quiso saber él.

—Soy artista, al menos, en mi tiempo libre. Me gusta estudiar los rostros. Analizo todos los detalles simétricos. A pesar de que llevabas una máscara y no podía ver la parte alta de tu cara, me centré en lo que podía ver.

Prefirió no confesar que había más cosas además de su cara, que había sido su altura lo que primero le había llamado la atención, su postura y sus anchos hombros. Si tuviese que describirlo habría dicho que era, además de guapo, alto, moreno... Westmoreland.

—Supongo que ambos nos fijamos en cosas que a otras personas se les pasan— comentó Reggie

—Sí, supongo que sí —admitió ella.

La habitación se quedó en silencio, y Olivia lo sintió. Era la misma química que los había poseído la noche del sábado, que había alienado sus sentidos hasta el punto de que no habían querido hacer otra cosa que no fuese estar juntos, a solas.

—Acércate, por favor. Prometo no morderte.

Las palabras de Reggie interrumpieron sus pensamientos y Olivia sonrió. Estuvo a punto de contestar que sí, que mordía, y que tenía varias marcas en el cuerpo que lo demostraban. No obstante, por la manera en que la estaba mirando, le daba la sensación de que él también había sentido su debilidad. Se le había oscurecido la mirada y desprendía calor.

Olivia tomó aire antes de apartarse de la puerta. Miró a su alrededor. La habitación era un pequeño salón de juegos. Había un confidente, una mesa para jugar a las cartas, una nevera y una televisión.

—Aquí es donde se reúnen mis primos y mis hermanos a jugar a las cartas de vez en cuando —le explicó Reggie, leyéndole el pensamiento—. Solían ir cada vez a casa de uno, pero cuando se casaron y empezaron a tener hijos ya no podían expresarse como querían cuando iban perdiendo, así que decidieron buscar un lugar donde poder gritar lo que quisieran y cuando quisieran.

Ella asintió y recordó la época en que sus hermanos llevaban a amigos a casa para jugar al póker. A veces decían cosas que hasta a ella le hacían daño en los oídos. Cruzó la habitación y se sentó en el confidente.

El se quedó de pie, siguió mirándola, haciendo que se sintiese incómoda. Olivia se aclaró la garganta.

—Querías verme —le dijo, recordándole por qué estaban allí.

El sonrió.

—Sí, ¿sabes por qué?

—Sí—contestó ella, manteniéndole la mirada—. No es difícil imaginar que ahora que sabes que mi padre es uno de tus adversarios políticos, quieres que lleguemos a un acuerdo. Supongo que quieres que finjamos que lo del sábado no ha pasado nunca y que no nos conocemos.

El siguió mirándola fijamente.

— ¿Es eso lo que piensas?

—Sí, claro que sí. Dadas las circunstancias, no podemos permitir que nadie nos vea juntos, ni que se sepa que nos conocemos.

—Pues yo no entiendo por qué. Soy adversario de tu padre, no tuyo, así que no importa — afirmó Reggie.

Olivia sintió que se le aceleraba el corazón.

—Claro que importa. Orin Jeffries es mi padre, y tanto el cómo su equipo de campaña te consideran su enemigo —le dijo con toda sinceridad, a pesar de no haber querido hacerlo.

Reggie sacudió la cabeza.

—Pues siento que vean las cosas así. Yo no soy su enemigo. Sólo soy su adversario en la carrera por el Senado. No es nada personal, y yo tenía la esperanza de que todo el mundo lo entendiese de la misma forma.

Olivia no supo qué decir. Conocía al senador Reed, que parecía llevar la voz cantante en la campaña de su padre, y sabía que podía llegar a ser un hombre despiadado. Había oído la conversación que habían tenido durante la cena, aunque hubiesen hablado en voz muy baja, y sabía que Reed no iba a permitir que fuese una campaña limpia. Eso la había molestado, ya que su padre no era una persona manipuladora ni retorcida.

—Lo siento, pero me parece que sí es algo personal. Aunque yo no esté de acuerdo, la política es siempre política —dijo, a pesar de saber que aquello no era una excusa aceptable—. Si tuviese algo que ver contigo, mi padre se sentiría traicionado. Las cosas son demasiado complicadas —añadió.

—Sólo serán complicadas si nosotros permitimos que lo sean.

Sigo pensando que el hecho de que nos veamos de vez en cuando no tiene nada que ver con tu padre, sólo contigo y conmigo.

Ella sacudió la cabeza y se puso en pie. Había llegado el momento de marcharse. Ni siquiera tenía que haber ido.

—Tengo que marcharme.

—Pero si acabas de llegar —le dijo él en voz baja y sexy.

—Lo sé, pero ha sido un error venir —replicó ella.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

Ella lo miró a los ojos y supo que tenía que contarle la verdad.

—Porque he sentido que debía hacerlo. El sábado por la noche hice algo que no había hecho nunca antes. No suelo irme de una fiesta con un hombre al que no conozco, y no había tenido nunca una aventura de una noche. Si lo hice contigo fue por la química que había entre nosotros. Y si he venido aquí hoy ha sido para ver si esa química era real o había sido producto de mi imaginación.

— ¿Y cuál es el veredicto? —le preguntó él, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Que es real —contestó Olivia sin dudarlo un instante.

— ¿Y eso te asusta?

—Más que asustarme, me confunde. Como ya te he dicho, es la primera vez que un hombre me hace sentir así.

— ¿Y por qué otro motivo has venido aquí esta noche?

—Porque dado que no nos quitamos las mascaras, quería saber cómo me habías reconocido. Ya tengo la respuesta a mis dos preguntas, así que ya puedo marcharme.

— ¿Y qué pasa conmigo? ¿No quieres saber por qué quería verte de nuevo? ¿Por qué te he pedido que vinieras?

— ¿Por qué querías verme?

El se acercó muy despacio y se puso justo delante de ella.

A Olivia se le aceleró el pulso y sintió calor entre las piernas.

—Una de las razones es tus labios.

— ¿Mis labios? —repitió ella con incredulidad.

—La noche del sábado los hice míos —murmuró Reggie con voz sexy—. Y necesito saber si siguen siéndolo.

Y antes de que a Olivia le diese tiempo a volver a respirar, él la tomó entre sus brazos y la besó.

Todavía seguían siendo suyos.

Eso era lo que necesitaba saber. Aquélla era la verdadera razón por la que había seguido respirando desde el sábado, pensó Reggie mientras devoraba la boca de Olivia. Los recuerdos que lo habían consumido durante las últimas cuarenta y ocho horas no tenían nada que ver con la realidad. Y ella estaba respondiendo a su beso, tenía tanta hambre de él como él de ella. Se habían quitado las máscaras, pero la pasión seguía intacta.

Reggie no había esperado alcanzar aquel grado de pasión tan pronto, pero ambos estaban ya a punto de perder el control. El cuerpo de Olivia estaba apretado contra el suyo y podía sentir cada centímetro de ella. Seguro que ella también podía notar su erección. Reggie necesitaba apartarse de sus labios para tomar aire, pero no podía hacerlo. Había pensado en besarla, había soñado con ello desde la mañana en que se habían separado. Entrelazó la lengua con la suya y pensó que quería más.

Notó que ella empezaba a retirarse y retrocedió también, pero no sin antes dibujar el contorno de sus labios con la lengua.

—De verdad, tengo que marcharme —dijo Olivia sin convicción.

Reggie se dio cuenta entonces de que había puesto los brazos alrededor de su cuello y que todavía no lo había soltado. Y sus labios también seguían estando muy cerca de los de él.

Rápidamente, tomó una decisión.

—Por favor, quédate y hablemos un rato. ¿Lo harás si te prometo que no volveré a besarte? Quiero saber tantas cosas de ti... Te prometo que no te preguntaré nada acerca de tu padre, ni de la campaña, sólo de ti.

— ¿Para qué Reggie? — le preguntó ella.

Era la primera vez que decía su nombre y sintió un cosquilleo en el estómago al hacerlo.

—Porque creo que conocernos un poco más satisfará nuestra curiosidad y nos ayudará a comprender un poco mejor porque nos sentimos tan atraídos el uno por el otro —respondió él—. Por qué la química es tan fuerte.

Olivia quitó los brazos de su cuello y pensó que aquello no le parecía buena idea, pero tampoco lo había sido besarlo. Aunque lo cierto era que, en realidad, no quería marcharse, y tenía que admitir que ella también se había preguntado por qué les había ocurrido aquello. Aunque no había que ser un genio para

imaginarse algunas de las razones: él era un hombre increíblemente guapo, incluso con la máscara puesta. Y no se había acercado a ella de manera arrogante. Olivia había sabido desde el principio que era alguien con quien podía divertirse y de cuya compañía podía disfrutar.

Y había podido comprobarlo de la manera más íntima.

— ¿Sólo hablaremos? —preguntó, para dejar las cosas claras.

—Sí, y únicamente de nosotros. Para que no sientas que estás traicionando a tu padre.

Ella tomó aire.

—Aun así, me da la sensación de que lo estoy haciendo —admitió.

El guardó silencio un momento.

—Deja que te pregunte algo.

Olivia asintió.

— ¿Si nos hubiésemos conocido en otro momento, o si yo no fuese el adversario político de tu padre, habrías tenido algún problema en salir conmigo?

La respuesta era sencilla.

—No, no habría tenido ningún problema —contestó con toda sinceridad.

—Me alegra saberlo, y por ese motivo sigo pensando en que la campaña no tiene por qué afectar a nuestra relación —declaró con firmeza y sonriendo, convencido de lo que estaba diciendo.

— ¿Cómo no va a afectar? —preguntó ella, deseando que las cosas fuesen más sencillas.

—Porque no dejaremos que lo haga. Lo primero de todo, tenemos que reconocer que tenemos una relación, Olivia.

Ella negó con la cabeza.

—Eso no es posible, no podemos tener una relación cuando sólo hemos pasado juntos una noche.

—No, ha sido algo más que eso. Tal vez fuese una aventura de una noche, pero yo tenía la intención de buscarte después de que te marchases del hotel el domingo por la mañana. He llevado esto a una joyería esta mañana para ver si podían decirme dónde había sido comprado —dijo mientras se sacaba el pendiente de diamantes del bolsillo—. Tal vez hubiese tardado, pero habría acabado por encontrarte, aunque hubiese tenido que poner patas arriba toda la

ciudad —terminó, y le tendió el pendiente.

Ella lo aceptó y lo estudió, recordando el momento en el que los había comprado. Había sido cuando la habían contratado en el Louvre. Los pendientes le habían costado más que su primer sueldo, pero había sido su manera de celebrarlo.

—Gracias por devolvérmelo —le dijo, y se lo metió en el bolsillo de los pantalones—. Ahora, ¿de qué quieres que hablemos?

—Quiero saberlo todo de ti. Mientras cenamos. Aquí. Los dos solos.

Ella se humedeció los labios con la lengua y se dio cuenta de que él miraba allí inmediatamente.

— ¿Y me prometes no besarme?

Él rió.

—Te lo prometo, a no ser que seas tú quien empiece. Si lo haces, no te rechazaré.

Olivia no pudo evitar esbozar una sonrisa al oír aquello.

—Has hablado de cenar, pero el restaurante no está abierto.

—No, no está abierto, pero Chase hará una excepción con nosotros. ¿Te quedarás a cenar para que podamos hablar y conocernos un poco más?

Ella sabía que, si su padre se enteraba de que estaba allí, pasando tiempo con Reggie, pensaría que le había traicionado, aunque en realidad no estuviese haciéndolo. Si en algún momento Reggie intentaba sacarle información acerca de su padre, se marcharía. Pero, por el momento, se merecía pensar un poco en sí misma y pasarlo bien, siempre y cuando no le hiciese daño a nadie. Si Duan o Terrence hubiesen vivido algo parecido, su padre nunca les habría dicho que dejasen de ver a esa persona. Y ella no tenía por qué ser una excepción.

— ¿Y todo quedará entre nosotros? —preguntó.

El sonrió.

—Sí. Ya te he dicho que esto es sólo entre tú y yo. Para mí, esto no tiene nada que ver con la campaña.

—Entonces, sí, cenaré contigo.

Capítulo Seis

—Se que tu color favorito es el azul lavanda, pero cuéntame algo más acerca de Olivia Jeffries; antes de que lo preguntes, quiero saberlo todo—dijo Reggie sentándose a la mesa, mientras ella se sentaba al otro lado, en el confidente, con las piernas cruzadas.

Se estaban tomando una copa de vino e intentando crear una atmósfera agradable.

Chase les había tomado nota y les había dicho que la cena no tardaría. Les había dejado una botella de vino, dos copas, un mantel y los cubiertos. Y habían puesto la mesa entre los dos.

Reggie se preguntó sí al estar allí con él, Olivia habría pensado en la intimidad que habían compartido el sábado por la noche. También habían cenado entonces, pero después de varias horas haciendo el amor.

—Soy la pequeña de la familia —empezó a contarle ella—. Tengo dos hermanos mayores.

—Se que el Diablo es uno de ellos —dijo Reggie sonriendo—. Fue a clase con un par de primos míos y con dos de mis hermanos. De hecho, mi hermano Quade jugaba al fútbol en su equipo del colegio. Tengo entendido que tu hermano ha madurado mucho con los años.

Ella rió.

—Depende de lo que entiendas por «madurar». Mis dos hermanos tienden a sobreprotegerme a veces, pero Duan es peor que Terrence, ya que es el mayor. Duan tiene treinta y seis años, y Terrence, treinta y cuatro.

— ¿Y tú? —preguntó él, a pesar de saber que a muchas mujeres no les gustaba decir su edad.

—Tengo veintisiete. ¿Y tú?

—Treinta y dos.

Reggie dio un trago a su copa antes de preguntar:

— ¿Le enviaste el mensaje a Duan el sábado por la noche?

— ¿Bromeas? —contestó ella, riendo—. Duan habría tomado el primer avión y no habría borrado tu número de teléfono, te habría investigado hasta saberlo todo de ti. Tiene muchos amigos en la policía. Ahora tiene una agencia de investigación. Le mandé el mensaje a Terrence, ya que puedo manejarlo mucho mejor que a Duan.

Reggie asintió.

— ¿Y qué hace una chica tan guapa como tú viviendo tan lejos de casa, en París?

—Trabajar. Siempre quise trabajar en el Louvre, y conseguí que me contratasen como guía turística nada más terminar mis estudios. Tuve que empezar desde lo más bajo, pero no me importó si así conseguía después llegar a ser conservadora de arte en el museo. Y lo conseguí, llevo en el puesto casi un año.

—Enhorabuena.

—Gracias.

— ¿Y tienes pensado quedarte a vivir permanentemente en París? —le preguntó mientras observaba cómo bebía de la copa.

Le gustaba la manera en que sus labios se curvaban alrededor del cristal. Ya se había fijado en ello el sábado por la noche, y le había excitado mucho... igual que en esos momentos.

—Me encanta vivir allí. A veces echo de menos mí casa, pero siempre vengo en vacaciones. Mis hermanos y yo pasamos siempre la Navidad con mi padre. Aunque en realidad mi sueño es volver dentro de un par de años, cuando haya ahorrado el dinero suficiente para montar una galería de arte —admitió.

El asintió.

— ¿Así que, durante muchos años, sólo has venido en vacaciones?

—Sí.

Reggie se preguntó si aquello tendría algo que ver con el hecho de que, según le había contado Brent, su madre los hubiese abandonado unos días antes de Navidad. Y se imaginó que aquellas Navidades en cuestión debían de haber sido muy difíciles para ellos.

— ¿Y cuánto tiempo tienes pensado quedarte esta vez?

Ella no contestó inmediatamente, se quedó mirando su copa un momento.

—Hasta que hayan terminado las elecciones —dijo por fin.

Levantó la vista y lo miró a los ojos, y el tomó aire y dijo:

—No vamos a hablar de eso ahora, ¿recuerdas?

—Sí, es verdad —contestó ella, cambiando de postura—. Ahora, háblame tú de Reggie Westmoreland.

Él le dio otro trago a su copa y luego se echó hacia adelante, apoyando los brazos en las piernas.

—Soy el más pequeño de la casa. De una familia con muchos embarazos múltiples. Mi padre tiene un hermano gemelo. Mi tío John y mi tía Evelyn tienen cinco hijos y una hija.

— ¿Es Chase uno de ellos?—lo interrumpió Olivia.

El sonrió.

—Sí, y Chase también tiene un gemelo, Storm, que es bombero. Así que, por orden de nacimiento, mis primos son Dare, que es el sheriff de College Park; Thorn, que es piloto y fabricante de motocicletas; Stone, que es escritor de novelas de aventuras, como Rock Masón; los gemelos, Chase y Storm, y Delaney, la única chica. Delaney y yo somos de la misma edad y siempre nos hemos llevado muy bien.

—He oído hablar de Thorn y, por supuesto, he leído alguna novela de Stone. Y recuerdo haber leído hace unos años que tu prima Delaney se había casado con un jeque. Eso sí que es increíble.

—Sí, todos lo pensamos, aunque tengo que confesarte que a sus hermanos no les hizo demasiada gracia al principio, en especial porque se marchó a vivir a Oriente Medio. Pero su marido. Jamal, es muy agradable, y a todo el mundo le encanta que vengan a pasar las vacaciones. Todos mis primos están casados y con hijos.

— ¿Y tus hermanos? Tengo entendido que sois unos cuantos. ¿También hay gemelos por vuestra parte?

—Sí. Mi hermano mayor es Jared, está divorciado y trabaja aquí, en Atlanta, es abogado. Spencer vive en California y es el asesor financiero de la familia. Durango vive en Montana y es guarda forestal. Está pensando en retirarse y dedicarse sólo a su negocio de cría de caballos. Y luego están los gemelos: Ian y Quade. Ian tiene un complejo turístico en el lago Tahoe, y Quade trabajaba para el gobierno, pero ahora tiene varias empresas de seguridad por

todo el país. Quade y su esposa son padres de trillizos y viven en Carolina, aunque también tienen casa en Jamaica.

— ¡Guau! Veo que no bromeabas cuando decías que hay embarazos múltiples en tu familia. ¿Y tus hermanos están casados?

—Sí, y muy felices. El único Westmoreland soltero en Atlanta soy yo. Mi padre tiene un hermano, tío Corey, que vive en Montana. El también tiene trillizos: Casey, Clint y Cole, todos casados.

En ese momento llamaron a la puerta y segundos más tarde entraba Chase con la cena.

—Todo huele estupendamente —comentó Olivia, levantándose para poner los platos en la mesa.

Chase sonrió.

—Espero que os guste —contestó antes de volverse a marchar y dejarlos solos.

Una vez sentados a la mesa, Reggie la miró y sonrió.

—Me alegro de que hayas decidido quedarte.

Ella le devolvió la sonrisa.

Durante la cena, Olivia estuvo tan cautivada con Reggie que sólo pudo mirarlo y escuchar con atención todo lo que le contaba. Él le habló de la otra parte de la familia Westmoreland, la que vivía en Colorado, a la que su padre había encontrado un año antes, al investigar acerca de la historia de la familia. Iban a reunirse todos a finales de mes en Texas. Allí, los Westmoreland de Atlanta y los Westmoreland de Denver se conocerían de manera oficial. Sonaba muy emocionante, en especial para alguien cuya familia se limitaba a dos hermanos y un padre. Los abuelos por ambas partes habían fallecido y sus padres eran los dos hijos únicos.

— ¿Quieres algo de postre? —le preguntó Reggie.

La pregunta la hizo salir de sus pensamientos, le sonrió. Reggie había mantenido su promesa y, a pesar de que la atracción seguía estando allí, ambos se habían contenido y se habían limitado a hablar de sí mismos. Una parte de ella se preguntaba por qué habían decidido pasar algo de tiempo juntos a pesar de saber que aquello no tenía ningún futuro, pero el caso era que allí estaban. Una vez más, el deseo de estar juntos, aunque fuese sólo para respirar el mismo aire y conversar, los había llevado a hacer algo que, según las personas que estaban a su alrededor, no debían

hacer.

—No, gracias. Tengo que marcharme. Le dije a mi padre que me iba al parque a pintar.

—Me alegro de que accedieses a venir y siento haberte puesto en una situación incómoda.

—No lo has hecho —contestó ella—. De hecho, le dije a mi padre que me iba al parque antes de que tú llamases. Pero luego no le conté que había cambiado de planes porque estaba descansando cuando me fui.

— ¿Lo habrías hecho si hubieses podido—quiso saber él.

Ella supo que debía ser sincera y contestar la verdad.

—No, ya que me habría prohibido venir. Por ese motivo, Reggie, y a pesar de haber disfrutado mucho de la cena y de tu compañía, no podemos volver a vernos. Espero que lo comprendas.

El la miró a los ojos.

—No, no lo entiendo. Como te he dicho antes, Olivia, la campaña no tiene nada que ver con nuestra relación.

—La prensa no lo verá así. Hará su agosto si se enteran de que hemos estado juntos. Y no quiero tener que verte a escondidas —se puso en pie—. Tengo que irme.

Reggie se levantó también. Sabía que no podía seguir reteniéndola, pero estaba más decidido que nunca a volver a verla y pasar tiempo en su compañía. Y tampoco quería esconderse. Tenía que haber otro modo, e iba a encontrarlo.

—Me ha gustado mucho estar contigo, Olivia.

Ella le tendió la mano para despedirse.

—A mí también. Gracias.

Reggie tomó su mano y sintió su calor nada más tocarla. Y supo que ella también lo había sentido. Le apretó los dedos y los dos fueron conscientes de las sensaciones que se provocaban mutuamente. No era la primera vez que les ocurría, les pasaba siempre que se tocaban.

Fue ella la primera en retirar la mano.

—Y gracias de nuevo por devolverme el pendiente.

—De nada.

Entonces, Olivia se dio la vuelta y fue hacia la puerta. Antes de abrirla, se volvió a mirarlo por encima del hombro y vio el deseo en sus ojos.

Quería volver a su lado, abrazarlo, pero no podía hacerlo. Jamás se arrepentiría de lo que había hecho el sábado por la noche, ni esa noche, pero era realista y sabía que mientras Reggie Westmoreland fuese el adversario de su padre, Orin no aceptaría que saliese con él. Así que, a partir de ese momento, tendría que vivir sólo de los recuerdos del tiempo que habían pasado juntos, aunque eso le bastaría para aguantar toda la campaña y más, hasta cuando estuviese de vuelta en París.

— ¿Olivia?

Ella ya había abierto la puerta para marcharse cuando oyó que la llamaba. Tragó saliva, se detuvo y se dio la vuelta.

— ¿Sí?

—Pase lo que pase, siempre serás mi Mujer Maravilla.

A ella se le hizo un nudo en la garganta y contuvo las lágrimas que habían empezado a agolparse en sus ojos. «Y tú, Reggie Westmoreland, siempre serás el hombre al que hubiese deseado tener la oportunidad de conocer mejor», pensó.

Entonces, se giró de nuevo, salió y cerró la puerta tras de ella.

A Olivia le sorprendió que su padre ya estuviese en la cama cuando ella llegó a casa. Al parecer, había bajado a la cocina en algún momento y había preparado un puré de verduras para cenar. En parte, se sentía fatal por haberle engañado. Mientras ella disfrutaba de una deliciosa cena en Chase's Place, su padre había estado en casa, cenando solo.

Aunque entonces vio dos platos en el fregadero y se dio cuenta de que no debía de haber cenado solo, ya que había pintalabios en una de las tazas de café. El pintalabios era del color que solía utilizar Cathy, lo que significaba que era probable que la secretaria de su padre lo hubiese acompañado.

Subió al piso de arriba e iba a desnudarse para darse una ducha cuando sonó su teléfono móvil.

— ¿Dígame?

—Eh, Libby, me han dicho que estabas en casa.

— ¡Duan! ¿Dónde estás? ¿Qué tal te va?

Su hermano rió.

—Sigues tan preguntona como siempre, ¿verdad? Estoy bien. ¿Cómo van las cosas por allí?

—Regular. Papá ha dado hoy su primer discurso y, aunque a mí me ha parecido que lo ha hecho bien, el piensa que su adversario le ha superado.

— ¿Y qué piensas tú?

La pregunta la sorprendió. ¿Por qué le preguntaba Duan algo así?

—Digamos que los dos lo hicieron bien, pero Westmoreland fue más directo a la hora de abordar los temas, mientras que papá se quedó sólo en la superficie, como hacía siempre el senador Reed.

—Así suele ser la política —comentó Duan—. Yo ya le he dicho a papá que no sé nada de política, pero que pienso que la gente va a querer ideas nuevas e innovadoras. Con el senador Reed a su lado, papá no puede representar el cambio.

Olivia asintió. Y se alegró de no ser la única de la familia que pensaba eso.

Duan continuó.

—Y es una pena que sea el adversario de Reggie Westmoreland. He oído que es un buen tipo. Su primo Dare es el sheriff de College Park. He trabajado con él, y me cae bien. La mayoría de los Westmoreland que conozco son buena gente.

—Pues papá lo considera su enemigo —le contó Olivia.

—Pues lo siento por él. Yo tenía la esperanza de que fuese una campaña limpia. Aunque apostaría a que es el senador Reed quien no quiere que sea así.

A juzgar por el tono de Duan, no sentía ningún aprecio por el senador.

— ¿Vas a venir a la barbacoa del sábado? —le preguntó.

Dos semanas más tarde tendría lugar en el estadio de fútbol de Atlanta una gran barbacoa, para que la gente pudiese conocer a los candidatos. Su padre les había pedido a sus hermanos y a ella que asistiesen para que todo el mundo viese que eran una familia unida.

—Sí. Ahora estoy en Detroit, pero espero haber terminado lo que estoy haciendo de aquí a entonces.

—Bien —estaba deseando ver a sus dos hermanos—. Cuídate, Duan.

—Lo haré.

Después de marcharse de Chase's Place, Reggie decidió ir a ver a

sus padres. Siempre había admirado a sus padres y la fuerza de su matrimonio. Todo el mundo en la familia conocía la historia de cómo se habían conocido James y Sarah Westmoreland y que había sido amor a primera vista. Reggie no pudo evitar reír al pensar en ello.

Su madre y su tía Evelyn habían sido muy amigas desde niñas. Las dos habían nacido y se habían criado en Birmingham, Alabama. Después de terminar el bachillerato, Evelyn había ido a pasar un verano a Atlanta, a casa de su tía. Durante su primera semana en la ciudad, había ido a un picnic organizado por la parroquia y allí había conocido a John Westmoreland. Los dos se habían enamorado inmediatamente y habían decidido escaparse juntos en ese momento, para no perder tiempo.

Evelyn había llamado a Sarah para contárselo todo y, Sarah, que era una persona muy sensata, no había podido creer que su amiga se hubiese enamorado tan pronto. Por eso había ido a Atlanta, a intentar hacer entrar en razón a Evelyn. Allí había conocido al hermano gemelo de John, James, y se había enamorado de él nada más verlo. Saráh y James se habían casado dos semanas más tarde.

De eso hacía ya casi cuarenta años y el matrimonio de los padres de Reggie seguía siendo muy sólido. Habían tenido un buen susto con el cáncer de pecho de su madre un par de años antes, pero, afortunadamente, se había recuperado bien, aunque seguía haciéndose controles todos los años. Su madre era una mujer fuerte y decidida, que tenía el amor y la admiración de toda la familia.

A pesar de que Reggie sabía que su madre quería ver a su último hijo felizmente casado, él no tenía prisa. Tenía un buen trabajo, una buena lista de clientes prestigiosos, y en un par de meses, la política formaría también parte de su futuro.

Pensó en Olivia Jeffries. Había disfrutado mucho estando con ella esa noche. Dentro o fuera de la cama, era una persona con la que le gustaba estar, y le molestaba que ella se negase a volver a verlo a causa de su padre. No podían dejar que nada ni nadie se interpusiese en lo que podía ser una prometedora relación. Reggie sabía que ella volvería a París después de las elecciones, pero tanto el sábado como esa misma noche, habían estado muy bien juntos. A él le había encantado estar en aquella pequeña habitación con ella, charlando únicamente.

También le había gustado poder observarla mientras hablaba, ver cómo se movían sus labios con cada palabra que decía. Y había notado que llevaba el mismo perfume que el sábado por la noche. Le había resultado muy difícil estar sentado tan cerca de ella, sabiendo que había probado cada centímetro de su piel, que había estado dentro de ella y le había dado placer.

Estaba entrando con el coche en casa de sus padres cuando llegó a la conclusión de que no podría dejar de ver a Olivia Jeffries. No le gustaba tener que esconderse para quedar con ella, para que su padre no se enterase, pero, en esos momentos, no le importaba. Lo principal era que quería volver a verla, y que haría lo que fuese necesario para que eso ocurriese.

Si Olivia pensaba que se había librado de él, estaba muy equivocada.

Capítulo Siete

—Anoche tuviste un invitado a cenar, ¿verdad, papá?

Olivia vio cómo su padre, que estaba sentado al otro lado de la mesa, desayunando, se ruborizaba.

—Ah, sí. Cathy pasó por aquí y la invite a cenar.

—Ah, ¿y para que vino? ¿Estáis preparando otro discurso juntos?

—No, no —respondió su padre enseguida—. Cathy pensó que me había quedado de mal humor después de la comida de ayer y quiso animarme. Se pasó por la pastelería y me trajo unos bollos cubiertos de azúcar glaseado. Me pareció todo un detalle, la verdad.

—Sí, lo es. Pero es que Cathy es una buena persona. Me gusta.

Su padre arqueó una ceja.

— ¿De verdad?

Olivia lo miró a los ojos. Era evidente que su respuesta le importaba.

—Sí, siempre me ha caído bien. A lo largo de los años, me ha parecido no sólo una buena secretaria, sino también una persona muy agradable. Cuando era más joven y necesitaba hablar con alguien de cosas de mujeres, la llamaba a ella.

— ¿Sí? —preguntó su padre sorprendido.

—Sí. Venga, papá. Seguro que sabías que era difícil para mí ser la única chica de la casa. No podía hablar contigo, Duan y Terrence de todo.

—Supongo que tienes razón. Y me alegro de que pudieses contar con Cathy —dijo su padre.

—Sí, y yo me alegro de que ahora te esté ayudando a ti, papá.

Olivia se dio cuenta de que su padre se estaba poniendo cada vez más colorado.

—Nuestra relación es estrictamente profesional.

—Por supuesto, papá. No pretendía insinuar lo contrario.

Media hora más tarde, después de que su padre se hubiese marchado al trabajo, Olivia decidió vestirse e ir al parque a pintar, tal y como había planeado el día anterior. Iba a bajar las escaleras cuando sonó su teléfono móvil. Por algún motivo, supo quién la llamaba antes de ver el número. El corazón se le aceleró.

— ¿Dígame?

—Por favor, queda otra vez conmigo, Olivia.

Ella cerró los ojos y respiró profundamente mientras el sensual sonido de su voz la envolvía.

—Reggie, pensé que habíamos decidido que no volveríamos a vernos.

—Ya lo sé, pero no he podido dormir esta noche. No he conseguido dejar de pensar en ti. Quiero verte, Olivia. Quiero estar contigo. Quedemos al medio día. En el hotel Saxon. En la misma habitación que el sábado.

Olivia empezó a recordar todo lo que había sucedido en aquella habitación. Y tuvo que reconocer que ella tampoco había podido dormir bien. Estaba inquieta, tenía calor. Había soñado con el varias veces, y se había pasado un buen rato sentada en el borde de la cama, recuperándose de los recuerdos que la habían asaltado, con una sensación de anhelo que no había conocido hasta entonces. Hasta que había conocido a Reggie.

— ¿Vendrás, Olivia? Por favor.

Su voz era tranquila, profunda, y al mismo tiempo persuasiva. Y Olivia no pudo luchar contra ella, porque en lo más profundo de su interior deseaba estar con el tanto como él con ella.

Necesitaba verlo otra vez, saber, entender y explorar lo que les atraía tanto. ¿Era una atracción sólo sexual, o había algo más? A pesar de que había tomado la decisión de no tener nada con él, sabía que tenía que verlo al menos una vez más. Todos los recuerdos que estaba creando tendrían que bastarle para el resto de su vida.

—Sí—contestó por fin—. Iré.

***

Reggie paseó por la habitación del hotel, nervioso, mirando el reloj con demasiada frecuencia. Sólo faltaban unos minutos para el medio día. Había tenido una rueda de prensa a las nueve, pero no había contado con que los reporteros lo bombardearían a preguntas después de ella. Tampoco había contado con el rumor que había empezado a correr acerca de que su gestoría, en la que trabajaban más de cien personas, estaba al borde de la quiebra.

Era una mentira que no tardaría en desmentir, pero que había causado el caos en la empresa, y había tenido que pasarse la mañana intentando tranquilizar a sus empleados. No tenía ninguna duda de quién había lanzado el rumor, y eso le enfurecía. Jamás había sospechado que Orin Jeffries fuese a dejar que sus colaboradores cayesen tan bajo.

Por un momento, había pensado que tendría que anular su cita con Olivia, pero una parte de él se había negado a hacerlo. Ella había accedido a verlo, así que Reggie habría removido cielo y tierra para estar allí. En esos momentos, se preguntaba si Olivia iría o no. ¿Y si había cambiado de idea? ¿Y si...?

En ese momento se abrió la puerta y entró en la habitación. El se quedó inmóvil. Era como si su corazón hubiese dejado de latir en ese preciso instante. Se dio cuenta de lo guapa que estaba. Vestía pantalones negros y una blusa azul clara.

Olivia cerró la puerta y apoyó la espalda en ella. No dijo nada, se limitó a mirarlo a los ojos. Y él tuvo que admitir que, a pesar de que habían sido sus labios los que lo habían atraído, toda ella le llamaba la atención. Era el tipo de mujer que llamaba la atención y, al igual que en el baile de máscaras, en ese momento había atraído la suya.

Además de observarla, estaba intentando averiguar sus pensamientos, pero era imposible. La química que había entre ellos había invadido el ambiente en el momento en que Olivia había atravesado la puerta. Reggie se preguntó cuál sería su actitud. El día anterior le había dicho que no quería que tuviesen una relación, pero él había ido en contra de sus deseos y la había llamado para que volviesen a verse. Y ella había aceptado.

¿Que esperaba de él? ¿Y él de ella? Reggie sabía muy bien lo que quería, pero una cosa era querer y otra distinta, esperar. Por el

momento, se alegraba de que estuviese allí, en aquella habitación de hotel, a solas con él. ¿Habría ido a pasar un rato en su compañía o a reprenderlo por haber tenido la osadía de llamarla para que volviesen a verse? Estaba seguro de que estaba a punto de averiguarlo.

—Hola, Olivia.

—Reggie —dijo ella, y sin despegar la mirada de la suya, anduvo hacia donde estaba él.

Su corazón empezó a latir de nuevo y siguió mirando a Oliva a los ojos hasta que estuvo justo delante de él. Entonces, se fijó en el escote de la blusa, que dejaba a la vista la bonita curva de sus pechos. Eran unos pechos que ya había probado, y que estaba deseando tener de nuevo. Algo primitivo creció en su interior. Se le aceleró el pulso y respiró hondo para intentar calmarse.

Se aclaró la garganta.

—He pedido que nos traigan la comida —le dijo, y vio cómo ella miraba detrás de él, hacia donde estaba la mesa ya puesta—. Les pediré que nos la suban cuando queramos comer.

Ella levantó el brazo y puso una mano en su nuca.

— ¿Tienes hambre ahora, Reggie? —le preguntó en voz baja.

El tragó saliva. Sentir aquellos dedos sobre su piel era como una tortura.

—Haremos lo que tú quieras. Eres mi invitada.

Ella sonrió.

—En ese caso, esperaremos. Yo preferiría hacer esto antes.

Se puso de puntillas y lo besó en los labios.

En ese momento, Reggie no pudo seguir controlándose y la abrazó, sin despegar los labios de los suyos. Habría querido llevarla directamente al dormitorio, pero no fue capaz de moverse, se quedó allí, saboreándola, ya que no estaba seguro de volver a tener la oportunidad de hacerlo. Tenía la intención de que aquel fuese su día, del mismo modo en que, la del sábado, había sido su noche.

Antes de marcharse al hotel, Brent había intentado sonsacarle adónde iba. Él le había dicho a su amigo que no quería que lo molestasen si no era por una emergencia. Era evidente que Brent quería más información, pero no se la había dado. Lo que hiciese en su tiempo libre era sólo asunto suyo, y aquella comida tenía lugar durante su tiempo libre. En esos momentos, estaba devorando lo

que más le gustaba: la boca de Olivia.

No sabía por qué había cambiado ella de opinión, después de que el día anterior le hubiese dicho que no quería volver a verlo, pero se alegraba.

Al final, fue él quien rompió el beso. Olivia le mordisqueó la oreja y susurró:

—Quiero volver a hacer el amor contigo…

Todavía no había terminado de hablar cuando Reggie empezó a andar en dirección al dormitorio, dejando a un lado la mesa en la que iban a comer.

Olivia rió cuando él la hizo tumbarse en la cama y él la siguió y atrapó su risa con los labios. Y entonces, volvió a saltar la chispa. Los dos sabían que no podían esperar más. Tumbados en la cama, vestidos, siguieron besándose, entrelazando las lenguas. Olivia no dejaba de moverse y Reggie le puso una pierna encima del muslo. Estaba salvaje, desinhibida, y a él le encantaba.

Olivia dejó de besarlo y lo miró a los ojos.

—Hazme el amor, Reggie. Ahora —le pidió.

No tuvo que decírselo dos veces. Se bajó de la cama y se desvistió enseguida, intentando no arrancar los botones de la camisa con las prisas. Y luego, cuando estaba completamente desnudo y su cuerpo sólo estaba cubierto por el preservativo que acababa de ponerse, fue hacia ella y empezó a quitarle la blusa y el sujetador, los zapatos, los pantalones y las medias.

Una vez desnuda, Reggie observó la lozanía de su cuerpo y se sintió atraído por su sexo. Tenía que probarlo inmediatamente. La agarró por las caderas y bajó la boca hacia ella, besándola de manera muy íntima, con un ansia que la hizo temblar y gemir de modo incoherente. Pero él no la soltó. Su lengua estaba desesperada por volver a saborear el manjar que ya había degustado el sábado, y él estaba decidido a dejar que se saciase. Y el cuerpo de Olivia respondía, generando el dulzor que él quería, así que lo degustó sin piedad.

Reggie notó que lo agarraba de la cabeza, como para mantener su boca donde estaba, aunque no era necesario. No iba a marcharse a ninguna parte hasta que no hubiese terminado, y todavía le quedaba bastante. Introdujo la lengua en su interior, absorbiendo la dulzura de su sensualidad, que estaba generándose en abundancia,

sólo para él.

Un rato después, se apartó y se relamió mientras recorría el cuerpo de Olivia con la mirada, grabando en su mente cada centímetro y cada curva, la textura de su piel y la exuberancia de sus pechos, que parecían estar rogándole que los atendiese.

Se echó hacia delante y frotó uno de los pezones endurecidos con los labios. Le gustó oír el grito ahogado de Olivia y se lo metió en la boca.

—Penétrame, por favor.

El ruego de Olivia lo llevó a colocar su cuerpo encima del de ella. Cuando tenía el pene justo a la entrada de su sexo, la miró a los ojos, entonces, gimió de deseo y la penetró.

Olivia cerró los ojos al notar que una ola de placer la invadía. ¿Cómo era posible que estar unida a Reggie le proporcionase tanta felicidad, un placer tan arrebatador, semejante éxtasis? Notó que él le subía las piernas y se las enrollaba a su cintura mientras se movía hacia delante y hacia atrás siempre a la misma velocidad, con precisión. Y todo lo que le hacía la afectaba de manera tan elemental, que no podía contener los gemidos, se sentía consumida por la pasión. Sólo con él podía sentirse, además de tomada, poseída. Y él le estaba haciendo el amor con voracidad, lo que avivaba todavía más su deseo. Y cada vez que los fuertes músculos de su vientre chocaban con los de ella, todo su cuerpo temblaba.

Fue entonces cuando tuvo el orgasmo. Nunca había sentido algo tan profundo. Gritó su nombre. Y él utilizó la lengua, los labios y toda la boca para absorber sus gritos de placer, sus gemidos de pasión. Y en vez de retirarse, apretó todavía más su sexo contra el de ella.

Olivia sintió que ardía por dentro hasta explotar y notó cómo él estallaba también. Volvió a gritar su nombre y se dejó llevar por la ola de placer.

Apoyado en un codo, Reggie observó a Olivia, que se había quedado dormida a pesar de que era medio día. Sonrió, sabía por qué. Le había hecho el amor sin piedad. De repente, oyó el timbre de su teléfono móvil, pero lo ignoró. Estaba completamente concentrado en la criatura más bella que había visto nunca.

Miró el reloj que había en la mesita de noche. Ya llevaban dos

horas en la habitación. Dos horas sin dejar de hacer el amor, dos horas en las que él no había dejado de estar excitado ni un minuto. Habían enlazado una vez con otra, sin parar. Y era la primera vez que le sucedía algo así. Estaba completamente obsesionado con aquella mujer.

Recordaba a la perfección la primera vez que la había visto en el baile de máscaras. En ese instante, en ese preciso instante, había sabido que era ella. Pero no había imaginado que sería así, tan profundo.

En esos momentos entendía que sus hermanos y primos pareciesen ser tan felices. Todos habían encontrado a la persona que sabían que era su alma gemela. La cuestión era si él iba a ser capaz de convencer a Olivia de que ella era la suya. Sobre todo, teniendo en cuenta que tenían que andar escondiéndose para poder verse.

Quería presentársela a su familia. En especial, quería que conociese a su madre, y a las mujeres de sus hermanos y primos. Quería llevarla a la reunión de los Westmoreland que tendría lugar en Texas a finales de mes. Quería llevarla a una de las carreras de Thorn unos meses después. Había tantas cosas importantes que deseaba compartir con ella, pero lo más importante era que quería compartir su vida con ella.

No hacía falta que le dijese que la quería, porque ella no entendería que una de las cualidades de los Westmoreland era que reconocían a su alma gemela sólo con verla. Sonrió al pensar que algunos de sus hermanos y primos se habían negado a admitirlo al principio, pero al final, había sucedido. El amor les había llegado de todas maneras. Y le había llegado a él el sábado por la noche. Al igual que sus padres, había sentido el flechazo.

Olivia había bajado sus defensas esa mañana, pero a Reggie no le extrañaría que volviese a ponerse en guardia antes de marcharse el hotel. No obstante, no le importaba. El no permitiría que impidiese que ambos tuviesen lo que era suyo. Olivia todavía no lo sabía, pero ya se daría cuenta. Fuese cual fuese la situación entre él y el padre de ella en esos momentos, no interferiría con su relación.

Se dio cuenta de que sus ojos empezaban a abrirse. Olivia lo miró. Imaginó que tendría hambre. Comerían, y luego volvería hacerle el amor.

Pero ella se incorporó y lo empujó contra las sábanas para sentarse a horcajadas sobre él, con una rodilla a cada lado de su cuerpo. Lo miró fijamente y sonrió. Reggie se excitó sólo de verla sonreír, su sexo se endureció.

—Pensé que tendrías hambre —le dijo, alargando la mano y poniéndosela en la nuca.

—Y la tengo —susurró ella sin dejar de mirarlo a los ojos—. De ti.

Él la besó.

—Yo también te deseo.

Cuando se apartó, Olivia lo estaba mirando con aire confundido.

— ¿Qué me estás haciendo, Reggie Westmoreland? Tienes la habilidad de hacerme sentir salvaje e imprudente. ¿Quieres que me deje vencer por la tentación?

Una ola de deseo lo hizo estremecerse.

—A mí me está pasando lo mismo, Olivia Jeffries.

Entonces, Olivia puso su cuerpo completamente encima del de él, y Reggie se alegró de haber sacado otro preservativo, ya que no iba a poder pedirle a Olivia que parase ni un instante. Ella parecía orgullosa de tenerlo así.

Cuando lo tuvo dentro, empezó a moverse. Empezó despacio, y luego se balanceó con una desesperación que hizo que Reggie tuviese la sensación de que iba a explotar. Ella siguió al mismo ritmo, y sus pechos se balancearon sobre él.

Reggie levantó la mano y tomó uno, se lo llevó a la boca, y la vio echar la cabeza para atrás, sin dejar de moverse. Olivia tenía fuerza en los muslos, en las caderas y en los músculos internos, y la estaba utilizando para producirle unos escalofríos que recorrían todo su cuerpo.

Como represalia, él cubrió sus pechos de besos, utilizando los labios y la lengua para enloquecerla también. Y cuando la explosión lo golpeó, se sacudió de tal manera que casi se cayeron de la cama, aunque los muslos de Olivia estaban sujetándolo con fuerza. Sus cuerpos estaban tan unidos que Reggie se preguntó si serían capaces de separarse cuando llegase el momento. Aunque, si no podían, le daba igual. Le habría encantado quedarse dentro de ella para siempre, en el lugar en el que algún día plantaría la semilla de su hijo.

Aquel pensamiento le hizo explotar de nuevo, e intentó recuperar la sensatez al ver que Olivia se deshacía también encima de él. Notó cómo sus músculos internos lo apretaban con fuerza, como para exprimirlo por completo. El enterró la cara en su pecho y supo que, a partir de aquel día, haría lo que fuese necesario para conseguir que Olivia fuese completa e irrevocablemente suya.

—No hemos comido, ¿verdad? —preguntó Olivia mientras volvía a ponerse los pantalones.

—No, y te debo una disculpa por ello —le dijo Reggie, vistiéndose también.

Paró un momento y observó cómo luchaba con los botones de la blusa.

—Ven aquí, Olivia.

Ella lo miró y sonrió antes de acercarse.

—No sé por qué me he puesto esta cosa con tantos botones. Como si no hubiese sabido que ibas a quitármela.

El no dijo nada y la ayudó a abrocharse. Tenía razón. La blusa tenía muchos botones. Y eso no hubiese sido un problema si Reggie no se hubiese fijado en su sujetador, que era de color carne.

—Tu sujetador es de mi color favorito —comentó sonriéndole.

—Me lo imaginé cuando me lo ponía —admitió ella, sonriendo también—. Tenías razón. El color carne es un color.

—Si tienes hambre, todavía podemos...

—No. Tu teléfono móvil ha sonado varias veces. Será mejor que vuelvas al trabajo.

Él rió.

— ¿Te has dado cuenta de qué hora es, Olivia? El día casi ha terminado. Llevamos aquí cinco horas. Son más de las cinco —y le daba igual—. Ya está abrochada la blusa —añadió, y apartó las manos de ella antes de sentirse tentado a hacer algo más, como abrazarla y volver a besarla.

—Gracias —contestó ella—. Ahora, hay algo que tengo que saber.

— ¿El qué?

— ¿Eres dueño de este hotel?

—Me encantaría, pero no —respondió el sonriendo.

—Entonces, ¿qué contactos tienes? —le preguntó.

Por la expresión de su rostro, estaba decidida a averiguarlo.

—Mi contacto es mi hermano Quade. Dominic Saxon es su cuñado. Ambos han sido padres hace poco tiempo. Quade ha tenido trillizos: un niño y dos niñas, y Taylor, la mujer de Dominic ha tenido un niño hace un par de meses.

—Y supongo que los dos están muy orgullosos de serlo.

Reggie sonrió.

—Sí.

Se puso la camisa mientras observaba cómo ella se arreglaba el maquillaje delante del espejo del tocador. A pesar de imaginar que iba a resistirse, decidió seguir adelante.

—He vuelto a reservar la habitación para este sábado por la noche, Olivia.

Ella lo miró a través del espejo antes de darse la vuelta muy despacio. Reggie acababa de hacerle una invitación, y ella quería aceptarla. Siguió mirándolo a los ojos y, luego, estudió todo su rostro. Había algo que no podía descifrar en su mirada.

—Venir aquí hoy ya ha sido un riesgo, Reggie —le dijo por fin.

—Lo sé —fue su respuesta—. Pero tenía que verte.

—Y yo necesitaba estar contigo —dijo ella con toda sinceridad.

Entonces se preguntó, demasiado tarde, porque le había dicho eso, aunque en el fondo conocía muy bien la razón. Quería que Reggie supiese que ella también había querido estar allí y que pensaba que el tiempo que pasaban juntos era especial.

Reggie se acercó a ella y, sin darle la oportunidad de resistirse, la besó. Y la besó con una ternura que tuvo que luchar por mantener.

Cuando ella se apartó, él la miró y le preguntó:

— ¿Estás segura de haber tenido suficiente?

Ella se relamió.

—Por ahora, sí —sonrió—. El resto lo dejo para el sábado.

— ¿Vendrás? —preguntó el, esperanzado.

—Sí, vendré.

A pesar de que sabía que tenían que terminar de vestirse, la agarró por la cintura y la apretó contra él, haciendo de nuevo evidente que sus cuerpos encajaban a la perfección. Entonces agachó la cabeza y le dio un beso que tendría que darle fuerzas hasta el sábado por la noche, cuando volviese a estar con ella otra

vez.

Capítulo Ocho

—Cathy te llamará más tarde para hablar contigo, Libby.

Olivia levantó la mirada del cuenco de cereales para dirigirla a su padre.

— ¿De qué?

—Va a informarte de todos los actos a los que tendremos que acudir en las dos próximas semanas, empezando por el sábado.

Olivia sintió pánico.

—Espero que no sea el sábado por la noche.

Su padre arqueó una frondosa ceja.

—No, es el sábado al medio día, en casa de Darwin Walker y su esposa.

Ella asintió. Darwin y Terrence habían jugado juntos en el Miami Dolphins. El año anterior, Darwin, que al igual que Terrence también se había retirado de la liga de fútbol profesional, había vuelto a vivir a Atlanta para ser el entrenador de los Falcons.

— ¿Pero qué te pasa con el sábado por la noche? ¿Tienes algún plan? —le preguntó Orin.

Olivia tragó saliva. Odiaba tener que mentir a su padre, pero no podía contarle la verdad.

Desde que se había metido en política había empezado a ser muy poco razonable, en especial, en lo relativo a Reggie. Ella estaba convencida de que si no le caía bien era sólo porque era la única persona que se interponía en su camino al Senado. No obstante, ella pretendía hacer lo que le había dicho Reggie, pensar que la política no se iba a interponer en su relación. Miró a su padre a los ojos.

—Sí, tengo planes. En la fiesta del sábado por la noche me encontré a un viejo amigo y vamos a volver a vernos este fin de semana —al menos, no todo era mentira.

Su padre pareció relajarse.

—Eso está bien. Me estaba sintiendo mal por haberte pedido que dejases tu vida en París para venir a estar aquí conmigo y acompañarme a todos esos actos de campaña. Me alegra que también puedas divertirte.

Si su padre hubiese sabido cuánto se estaba divirtiendo gracias a Reggie.

Terminaron de desayunar y la cocina se quedó en silencio. Olivia tenía que preguntarle algo, algo que necesitaba saber. Era un tema al que llevaba dándole vueltas desde el día anterior.

Miró a su padre, que estaba sentado al otro lado de la mesa. Se había puesto a leer el periódico y a Olivia no le gustaba interrumpir, pero tenía que hacerlo.

—Papá, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto, cariño —contestó Orin, levantando la mirada y dejando a un lado el periódico—. ¿Qué ocurre?

—Reggie Westmoreland —dijo ella, y vio como su padre apretaba la mandíbula.

— ¿Qué pasa con él, Libby?

— ¿Has autorizado a alguien a que deje correr el rumor de que su empresa está al borde de la quiebra?

Su padre frunció el ceño.

—Por supuesto que no. ¿Por qué íbamos a hacer algo así?

—Para desprestigiarlo.

Orin se puso tenso.

— ¿Y tú crees que yo haría algo así, o que daría permiso para que se hiciera?

—No quiero creerlo, pero tampoco soy una ingenua, papá. Sé cómo funciona la política.

Orin apoyó la espalda en la silla.

— ¿Vas a apoyar a Reggie Westmoreland? —le preguntó, estudiando los rasgos de su cara.

Ella suspiró profundamente.

—No voy a apoyar a nadie, papá. Pero son tácticas que suelen salir mal. Eres tú quien me preocupa.

No le dijo que sabía que Reggie estaba al corriente del rumor que había empezado a circular el día anterior, aunque no se lo había mencionado. A pesar de que debía de estar disgustado por

ello, había mantenido su promesa de no dejar que su competencia con su padre se interpusiese en su relación.

En ese momento fue ella quien observó con detenimiento el rostro de su padre, y se dio cuenta de que le había hecho reflexionar. ¿Y si no sabía lo que estaba haciendo la gente que trabajaba en su campaña? ¿Y si no se había dado cuenta de hasta dónde eran capaces de llegar?

—Voy a reunirme con mi equipo de campaña esta mañana y me enteraré de si alguien tiene algo que ver con esa historia. Si es así, lo despediré.

Olivia se sintió tentada a preguntarle si eso incluía al senador Reed.

—Gracias, papá. Creo que a la larga, tú eres el más interesado en que la campaña sea limpia.

— ¿Dónde estuviste ayer, Reggie? Intenté hablar contigo durante toda la tarde —le dijo Brent, que estaba sentado enfrente de su amigo, en Chase's Place, donde habían quedado para desayunar juntos.

Reggie se encogió de hombros.

—Estaba ocupado. ¿Surgió algo de lo que no pudieses encargarte tú?

—Por supuesto que no —contestó Brent, dejando la taza de café encima de la mesa y mirando fijamente a su amigo—, pero me habría gustado poder contactarte. Llamaron del *Newsweek* para hacer un artículo sobre ti. No estamos hablando de una revista local, Reg, sino del *Newsweek*. Ya sabes el tiempo que llevo intentando que aparezcas en alguna publicación de tirada nacional.

Sí, Reggie lo sabía, y se sentía mal por ello, pero en esos momentos sólo podía pensar en estar todo el tiempo, sin interrupciones, con Olivia.

—Lo siento mucho, Brent.

—Estás viéndote con ella, ¿verdad?

Reggie arqueó una ceja y miró a Brent a los ojos.

—Depende de a quién te refieras.

—Me refiero a la hija de Orin Jeffries.

Reggie apoyó la espalda en la silla. Brent y él eran amigos desde hacía mucho tiempo, desde la escuela primaria. Después de ir a la

universidad en Yale, Brent había trabajado una temporada en Boston antes de volver a Atlanta, hacía unos años, para cuidar de sus padres, que estaban mayores. Hacía un par de meses que Reggie había sido su padrino de boda.

Además de sus hermanos y primos, no había otra persona en el mundo en la que confiase más. Miró a su amigo a los ojos.

—Sí, la estoy viendo.

Brent suspiró.

— ¿Y te parece inteligente?

Reggie rió.

—Teniendo en cuenta que tengo planeado casarme con ella después de las elecciones, sí, me parece inteligente.

Brent se quedó boquiabierto.

— ¡Casarte! —exclamó.

Enseguida se dio cuenta de que había levantado la voz y miró a su alrededor, para comprobar que nadie lo había oído. Se apartó un mechón de pelo rubio que se le había caído a la cara y añadió:

—Reggie, has conocido a esa mujer el lunes, en la comida.

—No —dijo Reggie sonriendo—. En realidad, ya la conocía.

— ¿Desde cuándo?

—La conocí el sábado por la noche, en el baile de máscaras.

— ¿El sábado por la noche?

—Sí.

—En ese caso, no hace ni una semana. ¿Me estás diciendo que has decidido que te vas a casar con ella después de verla en una fiesta?

—Más o menos. La primera vez que la vi no sabía quién era. Me enteré el lunes, en la comida, al mismo tiempo que ella se enteraba de quién era yo —le contó Reggie sonriendo.

Brent lo miraba como si estuviese completamente loco.

—Confía en mí, amigo —añadió Reggie—. No he perdido la cabeza. Sólo el corazón.

Brent le dio un trago a su zumo de naranja y, a juzgar por su expresión, deseó que tuviese un buen chorro de vodka.

— ¿Os habéis dado cuenta los dos de las consecuencias que podría tener lo que estáis haciendo? —preguntó—. Eh, su padre es tu adversario en las elecciones al Senado.

—Somos conscientes de ello. No obstante, hemos decidido que

no tiene nada que ver con lo que hay entre nosotros —contestó Reggie con toda sinceridad.

Había estado pensando en ello la noche anterior. Lo cierto era que no había conseguido pensar en otra cosa. Aunque a muchas personas les pareciese una locura, sí, se había enamorado de ella. El nunca había estado completamente en contra del matrimonio, en especial después de que todos sus primos y hermanos, desde hacía siete años y empezando por su prima Delaney, hubiesen caído en él como moscas. Él lo único que había sabido era que no se casaría con una mujer que no fuese la adecuada. Pero dada su carrera y su decisión de meterse en política, había creído que tardaría en llegarle el momento. Había pensado que estaría acercándose a los cuarenta cuando se comprometiese, a pesar de saber que su madre tenía más prisa.

— ¿Y ella siente lo mismo por ti?

La pregunta de Brent lo hizo salir de sus pensamientos.

—No estoy seguro. No se lo he preguntado. De hecho, ni siquiera he compartido mis sentimientos con ella todavía. Creo que será mejor que espere a que termine la campaña.

Brent le dio otro trago al zumo.

—Te juro, Reggie, que me va a dar un ataque al corazón por tu culpa.

El sonrió.

—Pues no es mi intención. Seguro que te acuerdas de cuando conociste a Melody. Creo que me dijiste que te habías enamorado de ella nada más verla.

—Sí, así fue. Pero su padre no era mi rival político —replicó Brent

—Eso no importa, no vamos a dejar que afecte a nuestra relación. Así que deséanos suerte.

Brent no pudo evitar sonreír.

—Eh, tío, lo que necesitas no es suerte, sino que recen por ti, y yo seré el primero en dedicarte una oración.

Olivia salió del ascensor y miró a su alrededor. El despacho de su padre no había cambiado mucho a lo largo de los años. Los muebles seguían estando en el mismo sitio. Recordaba haber ido allí de niña, después del colegio, y sentarse a ver la televisión, después

de hacer los deberes, por supuesto. Duan y Terrence hacían deporte después de las clases, así que su padre, en vez de dejarla sola en casa, prefería recogerla del colegio y llevársela allí.

—Libby, me alegro de verte. No hacía falta que vinieras a verme.

Olivia le devolvió la cariñosa sonrisa a Cathy.

—No me importaba tener que venir. Y así he salido un poco de casa.

Eso era cierto. Había intentado dibujar, pero sólo podía pensar en Reggie, y no podía arriesgarse a dibujarlo a él y que su padre descubriese los bocetos. Se sentó en una silla, enfrente del escritorio de Cathy.

—Si venías a ver a tu padre has llegado demasiado tarde. Ha salido. Creo que ha ido a la oficina donde están preparando la campaña —dijo Cathy, que parecía preocupada—. Creo que ha hablado con alguien de su equipo por teléfono, y no parecía muy contento. Sospecha que han dejado correr un falso rumor acerca de Westmoreland. Y el periódico de esta mañana decía que tu padre está ensuciando la campaña.

Olivia suspiró. Había imaginado que sucedería algo así.

—Bueno, pues me alegro de que papá se esté ocupando del tema. Si no, las cosas pueden ponerse todavía peor.

—Estoy de acuerdo contigo.

A Olivia le gustaba Cathy. Era una mujer atractiva, responsable, y se preocupaba por todo lo relacionado con su padre. Al menos él estaba empezando a verla como a una mujer, a pesar de que, para el gusto de Olivia, las cosas iban demasiado despacio.

—Bueno, como verás, he traído mi agenda —le dijo a Cathy—. Papá quiere que apunte todas las fechas importantes en las que vaya a haber actos de campaña. Aunque sigo sin comprender por qué no te ha pedido a ti que lo acompañes.

Cathy se ruborizó.

—Tu padre nunca haría algo así. Soy su secretaria.

Olivia puso los ojos en blanco.

—No eres sólo su secretaria, Cathy. Eres su mano derecha en más de un aspecto, y estoy segura de que lo sabe. Si te soy sincera, me preocupa papá y todo el tema de las elecciones. A veces pienso que quiere ser senador, pero otras no estoy tan segura. ¿Tú qué

opinas?

Cathy dudó antes de responder y Olivia supo que era porque no quería decir nada negativo acerca de Orin o de la campaña, ya que eso habría sido un acto de deslealtad.

—Yo creo que si hubiese dependido sólo de tu padre, no se habría presentado —confesó Cathy a regañadientes.

—Entonces, ¿por qué lo hizo?

—Porque lo convenció el senador Reed.

Olivia sacudió la cabeza, seguía sin comprenderlo.

—Mi padre es un hombre adulto, capaz de tomar sus propias decisiones. ¿Por qué iba a querer convencerlo de algo el senador Reed? No tiene sentido. No hace tanto tiempo que son amigos. Tengo entendido que juegan al golf juntos sólo desde hace un par de años.

Cathy negó.

—No, su relación se remonta a mucho antes.

Olivia se quedó sorprendida. Y tuvo la sensación de que Cathy sabía mucho más de lo que le estaba contando. Sin duda, mucho más de lo que sabían ella y sus hermanos.

—En ese caso, ¿cuál es su relación?

Cathy se mordisqueó el labio inferior, nerviosa.

—No estoy segura de ser yo quien deba contártelo, Libby —le dijo.

Y Olivia supo que, si no conseguía la información de ella, nunca la conseguiría. Y decidió ir a por todas.

—Se que estás enamorada de papá —dijo en voz baja.

La otra mujer la miró sorprendida.

—Y espero que papá se dé cuenta, y muy pronto, de que eres una joya, no sólo como secretaria, sino, lo que es más importante, como mujer que siempre lo ha apoyado. Pero, sinceramente, me preocupa que esté pasando algo con lo que mis hermanos y yo no estaríamos de acuerdo y, si es ése el caso, tenemos que saberlo.

Cathy la miró fijamente antes de hablar.

—Tu padre siente que tiene una deuda con el senador.

Olivia arqueó una ceja.

— ¿Y por qué se siente así?

Cathy guardó silencio un momento.

—Por tu madre —dijo por fin.

— ¿Que tiene que ver mi madre con todo esto? Mis hermanos y yo no hemos tenido noticias de ella desde hace más de veinte años. ¿Estás diciendo que mi padre sí? ¿Que mi madre y él han estado en contacto?

—No, no es eso lo que estoy diciendo.

Olivia, desesperada, la agarró de la mano.

—Cuéntamelo, Cathy. Tienes que contarme lo que está pasando y que tiene que ver mi madre con todo esto.

—Hace años, tu madre se marchó con otro hombre, un hombre casado —empezó Cathy.

Olivia asintió. Todo eso ya lo sabía. Aunque ella sólo tenía tres años por entonces, en una ocasión había oído a sus abuelos hablando de ella.

—Que la esposa de ese hombre tenía una hija.

—Sí, eso también lo sé —dijo Olivia—. Y que la mujer se quedó tan destrozada después de la separación de su marido que se fue a vivir a otra parte con su hija.

—Sí, pero lo que probablemente no sepas es que, unos años más tarde, esa mujer se suicidó. Jamás superó haber perdido a su marido.

Olivia se quedó horrorizada, eso no lo sabía.

—Qué horror.

Cathy asintió con tristeza.

—Sí, fue horrible. Y, lo que es peor es que, para hacerlo, decidió dejar el coche parado en la vía del tren. Su hija estaba con ella y murieron las dos.

Olivia no pudo contener las lágrimas. Su madre no sólo había roto una familia, sino que también había hecho que una mujer terminase con su vida, y con la de su hija.

—No quería contártelo —comentó Cathy, tendiéndole un pañuelo de papel.

Olivia se secó los ojos.

—Me alegro de que lo hayas hecho. ¿Pero qué tiene que ver todo eso con el senador Reed?

En ese momento, fue Cathy quien alargó la mano para tomar la de Olivia.

—La mujer que se suicidó era su hermana, Libby, y tu padre se siente responsable por lo que le ocurrió a ella y a su hija por culpa

de tu madre.

Nada más volver a casa, Olivia sacó todo su material de dibujo, decidida a marcharse al parque. Pintar siempre la había tranquilizado, y ese día lo necesitaba más que nunca.

Había vuelto a casa después de su conversación con Cathy, si no lo hubiese hecho, habría ido a buscar a su padre para llorar en sus brazos.

No era justo que se sintiese responsable de lo que había hecho su esposa veinte años antes, aunque el resultado hubiese sido tan trágico. Y si el senador Reed se estaba aprovechando de aquello, iba a tener que dejar de hacerlo.

Una vez en el parque, encontró varias vistas en las que fijarse y empezó a dibujar, pero no consiguió concentrarse. Una parte de ella deseaba llamar a sus hermanos y contarles lo que había averiguado, pero otra se resistía a hacerlo. No llegarían a la ciudad hasta el fin de semana siguiente, así que esperaría a entonces para contárselo. Ellos sabrían cómo manejar la situación. Olivia quería a su padre y, si de verdad quería entrar en política y ser senador, lo apoyaría. Pero sí lo estaba haciendo porque se sentía culpable de algo que no tenía nada que ver con él, no estaba de acuerdo.

Por primera vez en años, pensó en la mujer que le había dado la vida. La mujer que los había abandonado, a ella, a su padre y a sus hermanos, saliendo de sus vidas sin mirar atrás. Cuando Duan había crecido, había intentado ponerse en contacto con ella, para satisfacer su necesidad de saber por qué Susan Jeffries nunca había deseado mantener el contacto con sus tres hijos. Pero en lugar de encontrar a una mujer arrepentida de sus actos, había dado con una persona egoísta que se había casado cuatro veces y no tenía más hijos. Que vivía la vida a tope y era amante de un piloto de carreras. De eso hacía seis años.

Cuanto más pensaba Olivia en su madre, más triste se ponía, y ni siquiera pintando conseguía dejar de darle vueltas al tema. Era extraño, pero los días más felices de su vida habían sido los que había pasado junto a Reggie. No sólo compartiendo la cama con él, sino también entregándole una parte de su ser, algo que no había hecho con ningún otro hombre. Hablaban después de hacer el amor. Y ella se sentía muy bien a su lado.

La risa de un niño llamó su atención. Miró hacia el lago y vio a una madre jugando con una niña de unos tres años, los que ella tenía cuando su madre se marchó. La mujer parecía divertirse y la niña, sin duda, también. Eso era lo que hacían las madres de verdad, hacían sonreír a sus hijos, y no les daban disgustos para toda la vida.

Consciente de que había vuelto a pensar en su madre, cambió sus pensamientos a Reggie. Deseó verlo en ese momento, abrazarlo y besarlo. Le costaba creer que sólo hiciese una semana que se conocían. Habían compartido tantas cosas.

Media hora más tarde seguía sentada en el mismo banco del parque, pensando en Reggie. Habían pasado la mayor parte del día anterior juntos. ¿Querría él verla otra vez, esa tarde? ¿Se encontraría con ella si lo llamaba, sólo para que la abrazase, nada más?

Olivia tragó saliva. Sólo había una manera de averiguarlo. Sacó el teléfono móvil del bolso y marcó su número.

— ¿Dígame?

El sonido de su sensual voz la hizo estremecerse.

—Hola, soy Olivia. No quería molestarte, pero no tengo a nadie más a quien llamar.

—Olivia, ¿qué te pasa?

Ella se limpió una lágrima del rostro.

—En realidad, nada. Sólo necesito que me abracen.

— ¿Dónde estás?

—En un parque. He venido a pintar y...

— ¿En qué parque?

—En el parque de los cipreses.

—Ya sé dónde está. Voy para allá.

—No, es un lugar público. ¿No podríamos vernos en otra parte, cerca de aquí?

Hubo un silencio.

—Sí —contestó Reggie por fin—. Mi prima Delaney y su marido Jamal tienen una casa unifamiliar a un par de manzanas de allí. En Commonwealth Boulevard.

— ¿Una casa unifamiliar?

—Sí, Jamal la compró para que Delaney y los niños pudieran tener algo de privacidad cuando viniesen a la ciudad. Yo tengo una

llave y voy de vez en cuando a dar una vuelta por la casa. Ve allí, cariño, te estaré esperando.

***

Olivia reconoció el coche de Reggie aparcado delante de un grupo de elegantes edificios, eran casas unifamiliares, unas diez, rodeadas de jardines.

Tomó el camino que llevaba a la que estaba en el centro, con el corazón latiéndole a toda velocidad. Al llegar a la puerta, miró a su alrededor. Levantó la mano para llamar, pero la puerta se abrió antes de que lo hiciese y allí estaba Reggie, que la agarró de la mano y la hizo entrar. Luego volvió a cerrar la puerta.

Olivia lo miró y él la tomó entre sus brazos. La rodeó por la cintura e hizo que apoyase la cara en su pecho.

Ella respiró profundamente. Olía a hombre, era un olor agradable que le causaba escalofríos por todo el cuerpo. Aquello era lo que necesitaba. Que él la abrazarse. De camino allí, no había dejado de pensar en lo bien que se sentía entre sus brazos. En esos momentos, su vida era un caos y lo único sólido que había en ella era él.

De repente, notó que la levantaba del suelo y puso las manos alrededor de su cuello.

— ¿Adonde me llevas?

—Al sofá, para seguir abrazándote y que puedas contarme lo que te pasa.

Olivia apretó los labios, no estaba segura de poder hacer eso sin implicar a su padre. Aunque Reggie no tenía por qué saber que su padre se sentía obligado a presentarse a las elecciones porque el senador Reed, con el que sentía que estaba en deuda, lo había animado a hacerlo, no porque quisiera de verdad.

Reggie se sentó con ella en el regazo y la miró.

— ¿Que ha ocurrido, Olivia? ¿Qué te ha hecho llamarme?

Ella dudó y decidió contarle una parte, pero no lodo.

—Estaba en el parque cuando he visto a una madre con su hija. La niña tenía más o menos la misma edad que yo cuando mi madre dejó a mi padre, a mis hermanos y a mí. Y al verlas he pensado en lo fácil que fue para mi madre marcharse y no mirar atrás.

— ¿Nunca ha intentado ponerse en contacto contigo? —le

preguntó Reggie mientras le acariciaba la mejilla.

Olivia negó con la cabe/a.

—No, nunca.

Reggie la abrazó con más fuerza y ella se aferró a su calor. Un rato después, levantó la cabeza y lo miró. El estudió su rostro.

— ¿Estás mejor? —le preguntó.

Olivia asintió.

—Sí. Tengo que marcharme. Papá se preocupará si llego tarde.

El se levantó y la dejó en el suelo. Se quedaron unos segundos así. Olivia lo miró y se dio cuenta de que no la había besado todavía. Y el debió de leerle la mente, porque agachó la cabeza hacia ella, que estiró el cuello para juntar sus labios y suspiró cuando lo hicieron.

Notó que la lengua de Reggie entraba en su boca y se movía en círculos antes de envolver la suya y poseerla por completo. Olivia puso los brazos alrededor de su cuello y gimió cuando el beso se hizo más intenso. Se estremeció.

Unos segundos más tarde, se apartó, resoplando. Nadie besaba tan bien como Reggie Westmoreland. Estaba segura de ello.

Ambos tardaron un poco en recuperar la respiración y a Olivia le gustó ver que el estaba igual de afectado que ella.

— ¿Quieres que te enseñe la casa antes de que nos marchemos? —le preguntó Reggie, tomándola de la mano.

Olivia miró a su alrededor. Era un lugar precioso. El salón estaba decorado en tonos melocotón y crema, el comedor era enorme, al igual que la cocina y la escalera. Era la casa de un rey. Y, según había leído, el jeque Jamal Ari Yasir heredaría algún día ese título.

—Sí, me encantaría ver el resto.

Reggie le enseñó la casa, que estaba decorada con todo lujo de detalles. Cuando llegaron a una de las habitaciones de invitados, en la que había una enorme cama con dosel, la miró:

—El sábado por la noche será nuestra. Hoy sólo querías que te abrazase —susurró.

Aquellas palabras la tranquilizaron y Olivia se sintió especial, sobre todo, porque lo había llamado y él había acudido a su encuentro.

—Gracias por venir, Reggie.

El la abrazó.

—Lo haré siempre que me llames, Olivia.

Ella lo miró a los ojos, extrañada por sus palabras. Ambos sabían que no tenían ningún futuro juntos. Dos meses más tarde, ella volvería a París.

—Vamos. Te acompañaré al coche —le dijo Reggie, rodeando sus hombros con un brazo.

Olivia lamentó que su tiempo juntos fuese a terminarse, pero se alegró de tenerlo a su disposición cuando lo necesitase. Aquello significaba mucho para ella.

Capítulo Nueve

A la semana siguiente, Olivia estuvo muy ocupada asistiendo a varios actos con su padre. Había decidido no compartir con él la conversación que había tenido con Cathy y esperar a que llegasen sus hermanos, a finales de semana, para hablar del tema primero con ellos.

Se le cortaba la respiración siempre que pensaba en los momentos que había pasado con Reggie, en especial, el sábado por la noche. El miércoles la había llamado él para invitarla a comer en Chase's Place. Fue entonces cuando conoció a la esposa de Chase, Jessica, que estaba embarazada del que sería el primer hijo de la pareja. Jessica, a la que le encantaba cocinar, le había regalado unos brownies que estaban deliciosos. Olivia se preguntó qué les habría contado Reggie a Chase y Jessica acerca de su relación, y si sabían que era la hija de su adversario en las elecciones al Senado.

Olivia se había dado cuenta de que, durante los últimos días, su padre había estado muy emocionado, deseando que llegase el fin de semana. Tendría a sus tres hijos en casa e irían juntos a la barbacoa a la que asistirían todos los candidatos y que tendría lugar el sábado por la noche.

Esa misma noche había otro acto al que Olivia iría como acompañante de su padre. Todos los candidatos estarían allí, así que tendría que fingir que casi no conocía a Reggie. Ya habían hablado de ello el miércoles y sabía que a Reggie no le hacía ninguna gracia fingir, pero le había prometido que lo haría. A ella tampoco le gustaba tener que esconderse para verlo, pero, dadas las circunstancias, tenían que hacerlo.

Sonrío mientras terminaba de vestirse y pensó que verse a escondidas también tenía sus beneficios. Les hacía apreciar el

tiempo que pasaban juntos, y que siempre conseguían aprovechar bien. Esa noche sería difícil verlo y no poder acercarse a él y comportarse como si fuera suyo.

Intentó no pensar en el día en el que terminaría la campaña y ella tendría que volver a París. Se le había pasado por la cabeza llamar al Louvre para ver si podían darle un par de semanas más de excedencia. Quería poder estar con él abiertamente después de las elecciones. No quería pensar en cómo se sentirían su padre y él entonces, dependiendo de quién fuese el ganador.

Se miró el reloj. Tenía que darse prisa. No quería que su padre llegase tarde a un acto de campaña por su culpa. Además, a pesar de haber visto a Reggie el día anterior, estaba deseando volver a verlo.

Reggie hizo acopio de paciencia al mirar hacia la entrada del salón. Llevaba la mayor parle del día pensando en Olivia y estaba deseando volver a verla. La noche anterior había empezado a echarla de menos y había pensado en llamarla para que se viesen en algún sitio. No le gustaba tener que esconderse, y cada vez tenía menos paciencia. No sabía cómo iba a soportar otro mes más así. Los hermanos de Olivia llegaban a la ciudad ese fin de semana y ella le había dicho que era mejor que no se viesen el sábado por la noche, después de la barbacoa. El hecho de que Duan y Terrence Jeffries fuesen a estar en Atlanta hasta el miércoles significaba que casi no podría pasar tiempo con Olivia.

— ¿Qué tal estás esta noche, Westmoreland?

Reggie se volvió y vio al senador Reed. Justo la persona a la que menos ganas tenía de ver.

—Estoy bien, senador. ¿Y usted? —le preguntó, más por educación que por que le interesase.

—Estupendamente. Creo que la elección va a estar muy reñida entre Jeffries y tú.

El sintió la tentación de decirle que eso no era lo que reflejaba la última encuesta, en la que el ganaba con ventaja, pero se contuvo.

— ¿Eso piensa?

—Sí, pero al final todo dependerá de quien tenga más experiencia.

Reggie sonrió.

—Y ese será el candidato al que yo apoye.

Lo que tampoco añadió el senador era que no lo apoyaba a él. Algo normal, dado que ya estaba participando en la campaña de Orin Jeffries.

—Siento que piense eso, senador. De todas maneras pretendo demostrarle que yo ni necesito, ni quiero su apoyo.

—Yo también lo siento por ti, ya que voy a demostrarte que estás equivocado. Me causará un gran placer verte perder —y con eso, el senador se marchó.

— ¿De qué estabais hablando?—preguntó Brent al llegar al lado de Reggie unos momentos más tarde.

—El senador intentaba convencerme de la importancia de su apoyo.

Brent resopló.

— ¿Le has dicho dónde puede metérselo?

Reggie rió.

—No de manera tan explícita, pero me parece que me ha entendido.

Brent miró hacia donde estaba el senador en esos momentos, hablando con un industrial adinerado.

—Hay algo en ese hombre que no soporto —comentó.

—A mí me pasa lo mismo —dijo Reggie. Iba a llevarse la copa a los labios cuando miró hacia la entrada del salón y vio a Olivia con su padre.

La miró a los ojos y sintió una ola de deseó que lo tentó a mandar a paseo la discreción, ir hasta ella y tomarla entre sus brazos. Pero sabía que no podía hacerlo.

Brent, que seguía a su lado, siguió su mirada.

— ¿Hace falta que te advierta que tengas cuidado con lo que haces? No sabes quién puede estar observándoos. Reed no me inspira confianza. Aunque respalda a Jeffries, me parece que es capaz de cualquier cosa.

Reggie mantuvo la mirada pegada al rostro de Olivia un minuto más, hasta que ella apartó la suya.

El senador Albert Reed frunció el ceño al ver interactuar a Olivia y Reggie. Tenía la sensación de que había algo entre ellos, pero no tenía pruebas. Y eso le irritaba. Le había sugerido a Orin que le

pidiese a su hija que volviese a Atlanta para la campaña fingiendo que le sería de ayuda, pero lo cierto era que quería a Olivia para él.

Se había dado cuenta de que las mujeres de la edad de Olivia disfrutaban de la compañía de hombres mayores, en especial si esos hombres estaban dispuestos a gastarse dinero en ellas. Con su esposa postrada en la cama, tenía necesidades que sólo una mujer más joven podía satisfacer.

Cuando había visto las fotografías que Orin tenía de su hija en el despacho, había decidido que ella sería su próxima amante. Al meterla en su cama conseguiría vengarse por fin de la familia Jeffries por lo que había hecho la ex esposa de Orin. Este se sentía culpable y, a su juicio, tenía motivos para ello. Tenía que haber sido capaz de controlar a su mujer.

Le dio un trago a su copa mientras seguía observando cómo Olivia y Reggie se miraban. Aquello era... interesante. Era el momento de entrar en acción. De inmediato.

—Estoy segura de que Inglaterra está preciosa en esta época del año.

Olivia asintió mientras Marie Patterson seguía hablando al grupo de cuatro mujeres acerca de su sueño de pasar algún día un mes en Inglaterra. Entonces, le dio un trago a su bebida y miró a su alrededor, buscando a un hombre en concreto. Cuando lo encontró, sus miradas se cruzaron y permanecieron unidas.

Conocía bien aquella mirada. Si hubiesen estado solos, habría ido al otro lado del salón y habría puesto los brazos alrededor de su cuello al tiempo que él la abrazaba por la cintura. El la habría apretado contra su fuerte y musculoso cuerpo para hacerle sentir la dureza de su erección entre los muslos.

— ¿Y qué tal es París, señorita Jeffries? Tengo entendido que lleva una temporada viviendo allí. ¿Hace buen tiempo?

Olivia volvió a centrar su atención en la señora Patterson al oír que decía su nombre.

Le dio un rápido trago a la copa de vino que tenía en la mano para calmar el calor que sentía por dentro y contestó:

—Sí, hace buen tiempo.

Cuando la conversación pasó a centrarse en la moda femenina, Olivia volvió a mirar a Reggie. Estaba hablando con un grupo de

hombres. Dado que todos ellos tenían ese distinguido aire Westmoreland, Olivia imaginó que serían familiares suyos, o hermanos, o primos.

Iba a volver a la conversación en la que estaban sus acompañantes cuando vio al senador Reed, que estaba en la otra punta del salón. La estaba observando. Y, por algún motivo, la manera en que la miraba la hizo sentirse incómoda, así que enseguida apartó la vista de él.

Reggie había soportado la fiesta lo mejor que había podido, pero se había sentido aliviado cuando Brent le había indicado que podía marcharse. Había ido hacia la puerta, pero no sin antes buscar a Olivia. Le había sonreído y ella había asentido. Sabía que había entendido su mensaje.

Llevaba cinco minutos metido en el coche cuando lo llamó.

— ¿Dónde estás, cariño? —le preguntó inmediatamente.

—En el cuarto de baño de señoras. Estoy sola, pero podría entrar alguien en cualquier momento. ¿Querías que te llamase?

—Sí—contestó el con voz ronca—. Te deseo.

A Olivia le dieron ganas de gemir. Se dio la vuelta para asegurarse de que todavía estaba sola en el cuarto de baño.

—Y yo a ti —susurró.

Hubo una pausa.

—Veámonos. Esta noche. Donde siempre —propuso Reggie.

Olivia respiró profundamente. No sería un problema encontrarse con el más tarde, ya que su padre tenía un sueño muy profundo. Sabía que pasarían muchos días hasta que pudiesen volver a estar juntos. Sus hermanos llegarían al día siguiente y no podría engañarlos como a su padre.

—Está bien, iré. Más tarde.

Y colgó el teléfono.

— ¿Te has divertido esta noche, Libby?

Olivia miró a su padre mientras subían las escaleras juntos.

—Sí, lo he pasado bien. La comida era excelente.

Orin no pudo evitar reír.

—Sí, era buena. Y me alegro de que hayas comido algo, para variar.

Al llegar al descansillo, Orin le dio un beso en la frente.

—Buenas noches, cariño. Estoy muy cansado, me voy a la cama. ¿Y tú?

—Humm, yo me voy a quedar un rato dibujando. Buenas noches, papá. Que duermas bien.

Él rió.

—Lo haré.

Nada más entrar en su habitación y después de haber cerrado la puerta, Olivia se quitó la ropa. Estaba deseando llegar al hotel Saxon y encontrarse con Reggie. Fue al armario y eligió un vestido. No tenía ganas de ponerse sujetador, así que unos minutos más tarde se estaba calzando unas sandalias y tomó el bolso. Abrió la puerta, salió de su habitación, bajó las escaleras y salió de la casa.

No podía esperar más a ver a Reggie.

Reggie se puso en pie cuando la puerta de la habitación del hotel se abrió y Olivia entró. Sin decir nada, la vio tirar el bolso encima del sofá e ir hacia él. En cuanto estuvo cerca, la abrazó y la levantó del suelo.

Otras noches había recorrido todo su cuerpo con los labios, pero esa noche sólo quería su boca, sus labios, su lengua.

En la fiesta la había tenido tan cerca y tan lejos al mismo tiempo, que la había deseado tanto que todavía estaba temblando.

Apartó sus labios de los de ella y fue hacia el dormitorio, pero ella opuso resistencia.

—No. Aquí. Vamos a hacer el amor aquí.

La dejó en el suelo y ella empezó a quitarle la ropa. Primero le desabrochó la camisa y le besó el pecho. El se sintió tentado a decirle que fuese más despacio, que tenían toda la noche, pero sabía que no era así. Olivia tendría que marcharse antes de que se hiciese de día.

Le desabrochó los pantalones y el observó cómo le bajaba la cremallera y metía la mano dentro para acariciarlo. Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un gemido cuando la sensación que notaba casi le hizo caer de rodillas.

—Quiero esto, Reggie —dijo Olivia sujetando su erección con firmeza.

—Y yo quiero que sea tuyo —consiguió contestar el, avanzando

muy despacio para apoyarla contra la pared.

Cuando no pudieron seguir andando, Reggie le bajó los tirantes del vestido y sonrió al ver que no llevaba sujetador. Sus pechos estaban desnudos ante sus ojos. Se relamió.

— ¿Llevas algo debajo del vestido? —le preguntó mientras bajaba la boca hacia sus pechos.

—No.

—Bien.

Le subió el dobladillo del vestido y le puso la mano en su parte más íntima.

—Y yo quiero esto —dijo antes de retroceder y bajarle el vestido hasta los pies.

Luego la recorrió de arriba abajo con la mirada.

—Muy bonito.

Y terminó de quitarse la ropa. Sacó un preservativo de la cartera y se lo puso. Después la agarró por la cintura.

—Pon las piernas alrededor de mi cuerpo, Olivia. Yo haré que nuestros cuerpos se unan, te daré lo que quieres y obtendré lo que necesito.

Una vez conseguida la postura, la penetró. Olivia arqueó la espalda y se quedó inmóvil. Su unión era perfecta. Se hizo el silencio y él se detuvo también.

Reggie sintió que perdía el control, que ardía por dentro, pero no se movió. En su lugar, la miró a los ojos, queriendo descifrar lo que había tras ellos. No podía aguantar más, pero antes quería ver si era capaz de leerle la mirada.

Olivia también lo miró. Y vio en él deseo, calor y anhelo. Lo tenía muy dentro, aunque era su mirada lo que la mantenía inmóvil. Como en trance. Y entonces supo por qué seguía viéndolo, por qué seguía queriendo estar con él a pesar de saber que no debía hacerlo.

Lo amaba.

Al admitirse aquello a sí misma, su cuerpo tembló. Reggie siguió inmóvil y entonces le dijo con voz profunda y ronca:

—Te quiero.

Ella contuvo un suspiro, puso los brazos alrededor de su cuerpo y contestó:

—Y yo también te quiero a ti.

Reggie sonrió antes de besarla y empezó a moverse, muy

despacio al principio, y luego más rápido, entrando y saliendo de ella con fuertes empellones, alimentando su pasión y el fuego que ardía en el interior de ambos. Una y otra vez, le hizo el amor a la mujer a la que amaba y capturó sus gemidos de placer con la boca. Y cuando ella se deshizo entre sus brazos él la siguió hasta llegar al clímax.

Aunque aquél era sólo el comienzo.

La agarró con más fuerza y, a pesar de que le temblaban las rodillas, la llevó al dormitorio. Esa noche tenían el tiempo limitado. Su pasión estaba casi fuera de control, pero unos momentos antes se habían dicho que se amaban y, en ese instante, estaban tumbados juntos en la cama. Ambos sabían que esa noche era sólo el principio de su relación.

—Despierta, cariño. Es hora de irse.

Olivia abrió los ojos y miró a Reggie. Estaba al lado de la cama, vestido.

— ¿Qué hora es? —le preguntó en tono somnoliento, obligándose asentarse.

—Casi las cuatro de la madrugada, y tengo que llevarte a casa.

Ella asintió. Aunque habían llegado cada uno en su coche, él siempre la seguía hasta su casa y esperaba a que estuviese dentro para marcharse. Olivia entró un momento al baño y, cuando volvió, se lo encontró sentado en el borde de la cama.

Vio que le tendía una mano.

—Ven aquí, nena.

Y ella lo hizo. Fue hasta él, que la sentó en su regazo y la besó apasionadamente. Cuando terminó, miró sus labios.

—Tienes unos labios preciosos —le susurró.

—Gracias.

Después, la miró a los ojos.

—Lo que te he dicho antes, lo he dicho de corazón, Olivia. Te quiero.

Ella asintió.

—Yo también lo he dicho porque lo sentía. También te quiero.

Luego, ambos guardaron silencio durante un minuto.

—Es una locura, ¿no te parece? —comentó Olivia.

—En realidad, no. Mis padres se conocieron y dos semanas más

tarde ya estaban casados. Y mis tíos, igual. Los Westmoreland creemos en el amor a primera vista —hizo una pausa—. Esto lo cambia todo.

— ¿Qué quieres decir?

—Que ya no tenemos que escondernos.

—No, Reggie. Esto no cambia nada —lo contradijo ella, levantándose y empezando a ponerse el vestido.

— ¿Olivia?

—Mi padre todavía es tu oponente, y las elecciones no tendrán lugar hasta finales del mes que viene, y...

— ¿Quieres que andemos a escondidas hasta entonces? —le preguntó él con incredulidad. Al ver que ella no contestaba, añadió —: Quiero que conozcas a mi familia. Quiero que vengas a la reunión familiar que tendrá lugar en Texas dentro de un par de semanas. Quiero que estés a mi lado y que...

—Tengo que pensar en mi padre. A él no va a gustarle que estemos juntos —lo interrumpió Olivia.

—Ya te dije al principio que esto no tenía nada que ver con tu padre. Eres una mujer adulta. No deberías necesitar el permiso de tu padre para verme.

—No se trata de tener su permiso, Reggie. Se trata de que estoy aquí por él. Le debo muchas cosas a mi padre, y me niego a restregarle nuestra relación por las narices.

—Y yo me niego a tener que seguir escondiéndome para verte. Olivia, te quiero y quiero que estemos juntos.

—Y lo estamos.

Hubo un momento de silencio.

—Sí, pero siempre en sitios cerrados. Yo quiero algo más. Quiero llevarte a cenar. Quiero que me vean contigo. Quiero hacer todas las cosas que hacen las parejas cuando están enamoradas.

Olivia suspiró.

—En ese caso, tendrás que esperar a después de las elecciones.

Los dos se miraron a los ojos durante mucho tiempo.

—Cuando estés preparada para que nada se interponga en nuestra relación, en nuestro amor, házmelo saber, Olivia.

Y después de decir eso, Reggie se dio la vuelta y se marchó.

Nada más quedarse sola, Olivia se tumbó en la cama y se puso a llorar.

Olivia salió muy despacio del hotel Saxon, tenía el corazón triste. Le había dicho a un hombre que lo amaba y lo había perdido en el mismo día. Se había quedado en la habitación del hotel hasta que no había podido llorar más, y en esos momentos se sentía peor que nunca.

Atravesó el aparcamiento, pero se detuvo al ver a Reggie apoyado en su coche. Lo miró, estudió su rostro, sin querer albergar falsas esperanzas. Respiró hondo y anduvo hasta que estuvo delante de él.

Se quedaron así, mirándose a los ojos durante un rato, hasta que el la tomó entre sus brazos y la besó.

Momentos más tarde se apartaba de ella y apoyaba la frente en la suya.

—Te amo, y quiero que estés conmigo, abiertamente, sin que tengamos que escondernos, Olivia. Pero si ése es el único modo de tenerte ahora, me conformaré con él.

Olivia sintió que se le quitaba un gran peso de los hombros, aunque sabía que Reggie se merecía lo que le había pedido.

Se apretó contra él para estar más cerca de su calor, de su corazón. Sabía que aquél hombre le había robado el corazón, para siempre.

Capítulo Diez

—Has estado muy callada, Libby. ¿No te alegras de vernos?

Olivia miró a su hermano Duan y se obligó a sonreír.

—Sí. Os he echado de menos, chicos.

—Y nosotros a ti —contestó Terrence mientras se sentaba con ellos a la mesa del desayuno—. ¿Cómo es que durante los últimos días no has sido la cotorra de siempre?

Ella suspiró y pensó que no podía contarles cuál era su preocupación. Lo que sí podía compartir con ellos era lo que le había dicho Cathy.

—Estoy bien, sólo un poco rara, pero se me pasará.

Sus hermanos habían llegado el día anterior para asistir a la barbacoa que tendría lugar esa misma tarde. A ella no le apetecía ir, ya que sabía que Reggie también estaría allí. Sería muy duro verlo y no poder estar con él.

—Hay algo de lo que quería hablar con vosotros, ahora que papá no está. Es algo que me contó Cathy y que tal vez explique por qué se ha presentado papá a las elecciones.

Duan arqueó una ceja.

— ¿El qué?

Ella les contó a sus hermanos todo lo que Cathy le había dicho.

—Ya sabía yo que había un motivo por el que no me gustaba el senador Reed —comentó Duan al final.

—Ni a mí tampoco —añadió Terrence.

—Yo pienso que deberíamos hablar con papá para asegurarnos de que se ha metido en política porque de verdad quería hacerlo —sugirió Duan—. Si es así, tendrá nuestra aprobación. Si no, debería pensárselo mejor antes de seguir adelante.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Olivia.

— ¿En qué estáis de acuerdo los tres?

Olivia, Duan y Terrence levantaron la mirada. Su padre acababa de entrar en la cocina y el senador Reed estaba a su lado. Olivia miró a sus hermanos.

—Ya hablaremos de ello más tarde, papá —dijo enseguida. Luego, miró al senador Reed, que la observaba de manera extraña —. Buenos días, senador —añadió.

—Buenos días, Olivia —contestó él—. Duan. Terrence.

Su padre los miró a los tres antes de meterse la mano en el bolsillo y sacar un sobre.

— ¿Puedes explicarme esto, Olivia? —le preguntó, dejando varias fotografías encima de la mesa.

Olivia las recogió y las estudió. Eran fotografías en las que aparecía abrazada a Reggie. Habían sido tomadas dos noches antes, en el aparcamiento del hotel Saxon.

— ¿Quién las ha hecho? —preguntó, mirando a su padre.

Fue el senador Reed quien contestó.

—Tenemos motivos para pensar que el responsable es el propio Westmoreland. Parece que tú has puesto más carne en el asador que él. Por suerte, he conseguido hacerme con ellas antes de que salgan en ningún periódico.

Olivia volvió a mirar las fotografías. Duan tendió una mano y ella se las pasó. La cocina se quedó en silencio mientras Duan y Terrence las veían.

— ¿Has tenido una aventura con Westmoreland, Libby? ¿Sabiendo que es mi adversario en las elecciones al Senado? —le preguntó Orin a su hija, como si se sintiese ofendido.

Olivia no podía mentirle, así que levantó la barbilla.

—Sí. Reggie y yo nos conocimos en el baile de máscaras que tuvo lugar hace dos semanas. Dado que llevábamos máscaras, no supimos quién era el otro.

— ¿Y qué pasó cuando lo averiguasteis? —quiso saber su padre.

Ella suspiró.

—Cuando lo averiguamos, no nos importó. Nuestra relación no tiene nada que ver con vuestra campaña —añadió.

El senador Reed rió.

—Seguro que fue él quien le convenció de eso. Es evidente que quería reírse de ti y de tu padre. Menos mal que he intervenido.

Olivia miró al senador fijamente.

—Usted quiere que mis hermanos y mi padre tengan la peor opinión posible de Reggie, ¿verdad? —le dijo en tono mordaz—. Bueno, pues me da igual, porque no me creo lo que ha dicho.

— ¿Que es lo que no te crees, Libby? —le preguntó Duan.

Ella miró a su hermano mayor.

—Lo que no me creo, Duan, es que Reggie tenga algo que ver con esto —se volvió hacia su padre—. Y estoy segura de saber quién es el responsable.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta.

—Yo iré —se ofreció Terrence, que salió de la cocina no sin antes apretar el codo de su hermana de manera cariñosa, haciéndola ver que tenía su apoyo.

—Entonces, si no crees que Westmoreland sea el responsable de las fotografías, Libby, ¿quién puede ser? —le preguntó Orin.

—Eso me gustaría saber a mí también —dijo una voz masculina detrás de ellos.

Olivia se dio la vuelta. Terrence estaba acompañado por Reggie.

Orin frunció el ceño.

— ¿Westmoreland, que estás haciendo aquí?

Reggie lo miró.

—Me han hecho llegar esto de manera urgente hoy a las ocho de la mañana —dijo, dejando las mismas fotografías que acababa de ver Olivia encima de la mesa—. Y me imagine que alguien estaba queriendo ponernos a Olivia y a mí el uno en contra del otro. No pienso permitirlo.

Reggie se volvió hacia Olivia.

—Yo no tengo nada que ver con esto, Olivia.

—Ya lo sé.

—No todos somos tan crédulos como ella —clamó el senador Reed.

Duan dio un paso al frente.

—Discúlpeme, senador, ¿qué está haciendo usted aquí? Lo que pase en esa familia no es asunto suyo.

El hombre pareció sorprendido con las palabras de Duan.

—Si no fuese por mí, estas fotografías habrían salido en la portada del periódico de hoy. He evitado que su padre se avergüence delante de toda la ciudad de que su hija esté teniendo

una aventura.

Terrence se acercó a Duan.

—Quiere decir su hija adulta, ¿verdad, senador?

—Está teniendo una aventura con el—dijo el senador Reed levantando la voz y señalando a Reggie.

—¿Y a usted qué le importa? —replicó Olivia.

—Me importa porque fui yo quien convenció a tu padre de que te hiciese volver a casa para mí —rugió el senador Reed.

La cocina se quedó en silencio, y el senador se dio cuenta de lo que acababa de decir. Cinco pares de ojos lo miraron fijamente.

—Lo que quería decir es que... —empezó.

—Te hemos comprendido perfectamente, Al —dijo Orin con indignación—. Y, para que te quede claro, yo no hice venir a mi hija para ti. Si la llame fue porque quería que me acompañase durante la campaña.

—Venga, Orin —dijo el senador—. Ya sabes que a veces me cuesta explicarme. Además, ¿por qué estás enfadado conmigo? Es ella la que está viéndose a escondidas con tu adversario. Me recuerda a tu ex esposa.

Antes de que a nadie le diese tiempo a reaccionar, Orin golpeó al senador y lo hizo caer de rodillas.

—Levántate, márchate de aquí y no vuelvas nunca. Ya no eres bienvenido en mi casa —le dijo Orin, casi sin poder contener la ira.

El senador se puso en pie.

—Bien, pero olvídate de mi apoyo en la campaña.

—No lo necesito —replicó Orin—. De hecho, no voy a presentarme a las elecciones.

Cuando el senador se hubo marchado, Olivia se acercó corriendo a su padre.

—Papá, ¿vas a retirarte por lo que he hecho? —le preguntó.

Orin le apartó un mechón de pelo de la cara.

—No, cariño. Me he dado cuenta de que no tengo madera de político. Al me había convencido para que me presentase, pero, en realidad, no era lo que yo quería hacer.

Miró las fotografías que había encima de la mesa y, luego, a Reggie.

—Espero por tu bien que trates a mi hija como es debido —le advirtió.

Reggie sonrió y se puso al lado de Olivia.
—Sí, señor, estoy enamorado de ella.
Orin sonrió.
—Y a juzgar por cómo te ha defendido ella hace unos momentos, doy por hecho que ella también está enamorada de ti.
—Sí, papá —confirmó Olivia.
—Bien —Orin miró a sus dos hijos—. Me parece que esta familia va a crecer muy pronto. ¿Qué os parece?
Duan rió.
—Si él la quiere y ella lo quiere, me parece bien.
Terrence sonrió.
—Siempre y cuando no decidan casarse antes de la barbacoa de hoy, en la que tengo pensado hacer un repaso de todas las chicas solteras de la ciudad, también me parece bien.
Orin puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza. Luego, le ofreció la mano a Reggie.
—Bienvenido a la familia, hijo.

***

La barbacoa fue muy especial. Orin anunció que se retiraba y que daba su apoyo a Reggie. Y sorprendió a todo el mundo al revelar que próximamente habría una boda entre los Jeffries y los Westmoreland.
Reggie presentó a Olivia a todos sus familiares que habían asistido a la fiesta.
— ¿Pero cuántos primos tienes? —le preguntó ella.
—Unos cuantos —contestó el sonriendo—. Ya verás cuando conozcas a los Westmoreland de Denver dentro de un par de semanas.
— ¿Tú los conoces ya a todos?
—No, pero lo estoy deseando.
Olivia asintió. Ella también lo estaba deseando. Habían decidido que ella volvería a Estados Unidos y que la boda tendría lugar un mes después de las elecciones. Estaba muy feliz.
Reggie levantó las manos mientras caminaba entre la multitud, saludando a todo el mundo. Ella sonrió y pensó que estaba empezando a gustarle la idea de ser la mujer de un político.

— ¿Sabes lo que pienso? —le susurró Reggie al oído cuando consiguieron estar unos segundos a solas.

—No, ¿qué piensas?

—Que deberíamos ir al hotel Saxon a celebrarlo esta noche. ¿Qué te parece?

Olivia rió.

—Me parece, Reggie Westmoreland, que eres todo un romántico.

El la tomó entre sus brazos.

—Si lo soy, es porque he tenido una buena profesora —y dicho esto, selló sus palabras con un beso.

Epílogo

Al mes siguiente, en una iglesia llena de familia y amigos, el recién elegido senador Reginald Westmoreland y Olivia Marie Jeffries se convirtieron en marido y mujer. Reggie pensó que Olivia era la novia más guapa que había visto nunca. Su madre lloró. Acababa de casar a su último hijo.

En la recepción que se celebró a continuación, intentaron hablar un rato con todo el mundo. Reggie estuvo charlando con sus primos de Denver. Todos estaban deseando pasar más tiempo juntos, conocerse mejor y reunirse todos los años.

—No puedo creer que os parezcáis tanto los hombres Westmoreland —comentó Olivia mientras observaba a cinco de los primos de Denver: Jason, Zane, Dillon y los gemelos, Adrian y Aidan. Todos le habían caído bien.

Olivia lo había pasado estupendamente en la reunión familiar y había conocido a toda la familia de Reggie, que la había aceptado con los brazos abiertos. Se sentía muy afortunada por poder formar parte del clan Westmoreland.

Más tarde, esa misma noche, Reggie le dio a Olivia su regalo de bodas. Se habían ido de viaje de novios después de la recepción, a pasar una semana en el hotel Saxon de la isla Santo Tomás, en el mar Caribe.

—Esto, cariño, es para ti —le dijo Reggie después de la cena, tendiéndole un sobre cerrado.

—Gracias.

Olivia abrió el sobre, en el que había una llave. Leyó la tarjeta que venía con ella y se quedó sin habla. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No puedo creerlo.

—Pues créelo, cariño. Una vez me dijiste que lo querías, y yo, como marido tuyo, quiero hacer ese sueño realidad. Hace años que compré el edificio y me ha parecido que sería perfecto para una galería de arte. Está muy bien situado.

Ella se levantó y fue al otro lado de la mesa a darle un abrazo. El la sentó en su regazo y la besó con pasión.

—Gracias —repitió Olivia—. Te quiero.

—Y yo también te quiero, mi Mujer Maravilla.

Reggie siguió abrazándola y, cuando ella lo besó, sintió que lo invadía el placer. Era su noche de bodas. Estaban en el hotel Saxon. Y estaban juntos.

La vida era maravillosa.